



Ficción Científica

Red Social de literatura de ciencia ficción,
comunidad de lectores y comentarios de libros



EL SEÑOR DE LA LLUVIA

FACUNDO CÓRDOBA

TERESA MIRA DE FCHEVERRÍA

El Señor de la Lluvia

Facundo Córdoba
Teresa Mira de Echeverría



*Esta novelette no existiría sin el desafío de la idea inicial,
la inspiración, y participación de Carlos Daniel Vázquez.
¡Gracias, Axxonita!*

La oscuridad pugnaba por penetrar en el ómnibus. Afuera, la noche era absoluta. La carretera, una ruta provincial periférica, no tenía luces más que en las proximidades de los pueblos que atravesaba. Las nubes se habían ensañado con el cielo durante todo ese día, y ahora, en la noche, ni siquiera permitían que se vislumbrasen la luna o las estrellas.

Yuri calculaba el sitio en el que debía bajarse más por el reloj que por el paisaje invisible del otro lado de la ventanilla.

Manchones de oscuridad, distintas tonalidades de grises sorprendidas de vez en cuando por el raudo paso de los faros de un automóvil que transitaba en sentido contrario: a eso parecía haberse reducido el universo.

Debió de haberse quedado adormilado a causa del monocorde traqueteo del bus, porque cuando la voz le dijo: “Es aquí”, Yuri se sobresaltó y tuvo que apresurarse a gritarle al chofer que ésa era su parada, antes de recoger el abrigo y el sombrero para poder bajar.

Cuando el transporte se alejó, se llevó consigo la única luz visible en kilómetros. Entonces la oscuridad lo encandiló.

Por unos segundos no fue capaz de percibir nada más que una negrura adimensional envuelta en olor a diésel y en el eco del estruendo del viejo motor del bus alejándose o, como él lo percibía: abandonándolo.

Se quedó quieto. No era un hombre temeroso, pero alguna vez la desorientación —una desorientación muy distinta a ésta— lo había acobardado hasta el pánico. De modo que respiró profundamente, calmándose, alejando los fantasmas de unos recuerdos que pugnaban por hacerse presentes.

Vació de todo pensamiento, tan sólo se enfocó en percibir.

Poco a poco el estruendo mecánico remitió. En su lugar comenzó a oír un rumor de hojas entrechocando, casi como tela seca y dura frotándose. Evocó en su mente los maizales que se extendían a su alrededor y reprimió un escalofrío.

Luego, en el cuasi silencio, los insectos reanudaron al unísono sus monótonos conciertos; siempre lejos, siempre más allá de cualquier inmediatez humana.

El olor ionizado de una tormenta inminente envolvía el verdor ausente del campo.

Esperó un poco más, pero sus ojos no se terminaban de acostumbrar a la oscuridad.

“Qué irónico”, pensó.

Rebuscó en uno de los grandes bolsillos del abrigo y, mientras lo hacía, recordó que había olvidado comprar pilas. Masculló un insulto, soltó nuevamente la linterna dentro del abrigo, y emprendió la marcha con un suspiro que sonó demasiado profano en la hondura de esa lóbrega noche.

El ruido de sus pasos interrumpió a un par de grillos, pero no por mucho tiempo.

Se guiaba por la memoria, por el recuerdo inmediato del mundo circundante que le habían

impreso en la mente los faros del bus al descender de él.

—Justo al frente —le dijo la voz. Y él obedeció.

Cruzó la carretera con la intención de mantener una recta. Sus pies dejaron el cemento y captaron la discontinua textura de la tierra. Y luego la mullida insonoridad del pasto. Tanteó hacia la derecha y pronto oyó el entrechocar de la grava contra la suela de sus zapatos. Dudó.

—Sí.

La voz le indicó que había dado con el sendero.

Miró hacia arriba. Una tenue luminiscencia parecía circular por entre lo que podían adivinarse como jirones de negrura, pero era demasiado débil como para iluminar el paisaje. El aire se estaba cargando de electricidad... “Al menos eso está bien”, pensó *algo* dentro de su mente.

Delante de él se erguía una incógnita imposible de descifrar: gris sobre gris, sobre gris.

Poco a poco el sonido de sus pasos comenzaron a percibirse ahogados, como absorbidos por algo que se elevaba a su alrededor. El maizal se evidenciaba en la ligera aislación acústica que proporcionaba su cercanía a derecha e izquierda.

Ya estaba dentro del sembradío.

Yuri sabía que mientras ese efecto lo acompañase, estaría bien encaminado. Ella se lo había dicho.

¿Bien encaminado? Podía sentir el sarcasmo lamiendo su cada vez más creciente inquietud.

Pero la autocompasión fue frenada por un chistido seguido del siseo de un par de alas cortando el aire. Seguramente alguna lechuza le estaba agradeciendo el haber espantado un ratón con sus torpes movimientos.

—¡Ah, el orden del universo, el orden de lo pequeño que no es más que una réplica del gran orden! —susurró. Y el campo se silenció al instante.

La voz que anidaba su mente lo recriminó, pero él sabía que no eran sus palabras lo que podían delatarlo sino sus pensamientos.

—Ahora no, mi *lyubovnitsa*, ¡silencio! ¿No te interesa el peligro o lo estás haciendo a propósito? —dijo en un siseo salvaje; y agregó con un suspiro—. A veces te aborrezco tanto, pequeña *pozhirayushchiy*.

Se detuvo y esperó que el eco de aquella voz que sonaba dentro de su cabeza se extinguiese. Necesitaba escuchar atentamente el afuera.

La oscuridad total, la sensación de formas que creía percibir por el rabillo del ojo —muy posiblemente fantasmas que inventaba su mente—, evitaban que pudiera dar nada por seguro. Y la inoportuna aparición de la voz, esta vez, lo fastidiaba.

Su mente se concentró de nuevo en los motivos por los que se hallaba, en medio de la noche más oscura, caminando por un sendero rural hacia la nada. Pero no pudo hallar ninguno. Sólo *ella* los conocía y no parecía querer compartirlos con él.

Luego de unos instantes, volvió a detenerse. Sintió un escalofrío; una sensación de movimiento, un cambio en el peso del aire. Pensó en llamar, preguntar *quién anda*. Pero se sintió tonto de sólo pensarlo. Y también lo consideró descuidado. Debía dejar de llamar la atención.

Al parecer ya estaba un poco más cerca, así que respiró profundo y siguió caminando. De a ratos estiraba sus manos hacia el maizal, sintiendo ligeramente el toque seco de las hojas entre

sus dedos. Se aferró a una, la arrancó y jugó con ella durante largo rato mientras seguía andando.

—Estás distraído —le previno la voz, ahora chillona, burlona—. Pareces un niño. Un niño estúpido.

Yuri no hizo caso alguno y siguió jugueteando con la hoja entre sus dedos. Arriba, en el cielo, las nubes parecían haber disuelto la luna y las estrellas, dejando manchones de negros y grises en su lugar.

Entonces llegó a una encrucijada en el sendero. No la hubiera notado de no ser por un cambio en las corrientes de aire: de repente, a uno de sus lados no había nada. Sus oídos, ya acostumbrados, sintieron la ausencia, un vacío que quería engullirlo. Seguir derecho hubiera sido lo más sencillo, pero no estaba del todo seguro de que eso fuera lo correcto. Una vez más se maldijo por haber olvidado las pilas de la linterna. Quizás hubiera un rastro en el sendero o en la bifurcación misma que él era incapaz de ver.

Se agachó y sintió la grava con sus manos. Apoyando con fuerza la palma derecha y luego el dedo índice, trataba de ver con el tacto lo que el ojo no le permitía. Palmo a palmo, un poco aquí, otro allá. La humedad de la tierra entre los dedos susurrándole. Ahí estaba. Debía seguir por la derecha. Por donde el suelo poco a poco iba perdiendo vida. Pero, ¿por qué? No supo precisarlo. Sin embargo, el impulso era claro.

Decidió que lo mejor sería seguir descalzo a partir de allí a fin de poder guiarse, pero inmediatamente pensó que eso era una locura. Un clavo, un alambre, una piedra filosa; y luego sería seguir con el pie lastimado. Claro que no... ¿acaso eso lo había pensado él o *ella*?

Un relámpago salvador, en el telón oscuro de la noche, le dio fuerzas. Dicen que los combatientes aéreos cierran los ojos apenas distinguen al enemigo, y que la reconstrucción mental de esa silueta, mucho más firme que la mancha borrosa que pasa rauda y esquiva, es la que permite la identificación del contrincante. Yuri trató de imitar ese acto, reconstruyendo la instantánea que generara el rayo. Allí vislumbró que la silueta del camino avanzaba casi en línea recta hacia la derecha, y eso le dio algo de seguridad.

“Ya casi es hora”, pensó ese algo dentro de su mente, y él apresuró el paso.

No obstante, poco a poco el sendero comenzó a hacerse más estrecho, como si el maizal fuera comiéndoselo. La oscuridad, que parecía querer ceder, le permitía a Yuri distinguir de a ratos algunas ramas muertas desfilando torcidas, altas; apuntando desprolijamente hacia el cielo, proclamando su espacio propio entre tanta vida.

Y entonces, un movimiento a varios metros. Un sonido cercano. De nuevo el escalofrío y esa sensación de que ya no se encontraba solo, de que el aire tenía otro peso y hasta un cierto sabor ácido al respirarlo.

Miró frenéticamente alrededor. Se agachó por reflejo, buscando la protección de lo pequeño; pero pensó que había sido un gesto vacío, vano. Odiaba esa parte suya tan humana. Trató de aguzar el oído, de percibir algún movimiento, algún indicio. De repente, nada. Y nada era demasiado. Como si hasta el viento mismo hubiera decidido callarse y detener el bamboleo constante del maizal que hasta entonces lo había acompañado.

Resolvió salir del sendero.

Avanzó con la cabeza gacha hasta meterse entre lo que quedaba del maizal y las ramas secas, que empezaban a aparecer por doquier. Estaba haciendo demasiado ruido. Estaba siendo negligente. Giró para ver hacia atrás y, otra vez, pudo percibir unas formas oscuras.

Como coagulaciones densas del propio aire que se movían entre las sombras de la noche. No lograba enfocar la mirada para percibir las del todo, pero podía sentir las acercarse. Se movían empujando la noche con ellas, amparándose en las formas vagas que reflejaban la luna escondida y el propio maizal.

“Ya están muy cerca”, pensó. Y sin razonarlo mucho corrió hacia el lado contrario desde donde creía sentir las. El maizal comenzaba a espesarse de nuevo y a entremezclarse descuidadamente con arbustos secos, ramas muertas y espinas que salían al encuentro de su rostro y de sus brazos. Algo respiraba allí atrás. Algo se movía raudamente en su búsqueda y ya no se molestaba en permanecer oculto.

Yuri tragaba el aire a bocanadas entrecortadas. Resbalaba sobre esa tierra que, al avanzar, sentía morir bajo sus pies. Detrás, los maizales se abrían, tajeados por las sombras que lo buscaban. Un zarpazo, un trastabillar, una caída: cualquiera de estas cosas y estaría perdido.

—Ahora es cuando debes escuchar con más atención. Deberías dejar de jugar ya mismo —el sonido de la voz aguda y pastosa en su cabeza lo hizo detenerse en seco—. ¿Te olvidas acaso que estoy pegada a ti? ¡Escucha!

Yuri escuchó. Y entonces comprendió.

¡Los perros!

Podía oírlos ladrar en la cercanía. La furia de su incesante y rabioso llamado, ahora lo guiaba como un faro.

Corrió desesperado hacía ellos; dando manotazos para apartar las ramas de su camino. Cortándose entre los dedos, rasguñándose la cara, mientras aquello detrás de él continuaba acercándose, respirando sobre su inexistente sombra.

Cuando estuvo seguro de que los gruñidos de los perros se hallaban a pocos metros de distancia, se abalanzó de un salto hacia ellos.

Detrás suyo pudo sentir como algo trataba de alcanzarlo en el último momento, arañando apenas su pantorrilla derecha.

Cayó y rodó en la tierra suelta. Los perros saltaron por encima de él, ignorándolo, ladrándole a las manchas oscuras de la noche que dejaba atrás, entremezcladas con el maizal. Como marcando un territorio, los animales cerraban con sus ladridos el camino donde terminaba el dominio de unos y comenzaba el de otros. Yuri giró su cabeza, y aún desde el suelo creyó distinguir (y hasta sentir), cómo la línea imaginaria que marcaba el final de aquel enramado seco, se tensaba como un corazón oscuro palpitando en el negro absoluto.

De pronto, la miserable luz amarilla de una lámpara de poca potencia valió más que el mismísimo sol en el día más hermoso y brillante. Una mano blanca y larga lo ayudó a levantarse, y un rostro lo saludó con una sonrisa afable. Con una sola palabra calmó a los perros que se quedaron vigilando el perímetro, inquietos.

—Era hora de que llegara —le dijo—. Pero todavía faltan algunos más; venga, le presentaré al resto.

Yuri miró sólo una vez al hombre de lentes gruesos que lo recibía y luego agachó la vista. Se dejó llevar con docilidad, sin hablar. La luz de la lámpara le mostraba débilmente un pequeño sendero de ladrillos rodeado de un jardín con grama recién cortada, algunos macetones con flores a los costados y, al final de éste, una casa pequeña de madera con un pórtico algo abandonado.

En todo momento, Yuri se mantenía a no menos de tres pasos de distancia del tipo de

lentes gruesos, quien iba delante de él como si aún lo llevara de la mano. En un arranque de curiosidad volteó para ver a los perros, los cuatro mastines todavía seguían moviéndose nerviosamente cerca del maizal. Todos tenían el oscuro pelambre crispado sobre el lomo y aún gruñían ocasionalmente en una frecuencia muy baja. Trató de evocar en su mente la palabra con la que los perros habían sido calmados, pero se dio cuenta de que no podía. Él la había escuchado pronunciar, y creyó entender su significado entonces, pero ahora ni siquiera era capaz de recordar los sonidos que la componían. Yuri cayó en la cuenta de que, una vez más, sólo había captado el eco de lo que ella percibía a través de él, como si hubiese estado escuchado todo desde el fondo de una piscina llena de agua.

Al subir los escalones del pórtico, sintió que el arañazo en la pierna derecha le ardía. Sin embargo no se inmutó y continuó avanzando, procurando no demostrarlo al caminar.

La puerta se abrió lentamente con un pequeño crujir en los goznes. La luz que había dentro era tenue, todo estaba sumido en tenues penumbras. Supo instantáneamente que era algo adrede. El mobiliario apenas si se trataba de un par de sillones, una mesa ratona alargada en el medio de la habitación, y una extensa barra con un par de sillas altas que, junto con la poca iluminación, le conferían al lugar una apariencia de bar de las zonas bajas.

Una vez adentro, Yuri adoptó una pose erguida, con la frente en alto, totalmente opuesta a la que venía mostrando al hombre de lentes gruesos. Miró en derredor lentamente, en silencio. Notó que ninguno de los presentes le prestaba la menor atención. Lo ignoraban tal como la sociedad ignora al mendigo, al despojado, al que no vale la pena; desde lo invisible.

Eran tres en total, además del que lo había recibido. Detrás de la barra, un hombre alto, bien peinado, preparaba un trago en la coctelera con las bebidas que había en los estantes ubicados detrás de él. Vestía una camisa negra a rayas, desabotonada en el pecho, dejando ver parte del vello. Sentado en un sillón, de espaldas a él y cercano a la puerta, podía apreciarse la cabeza calva y brillante de un hombre que jugaba al solitario, acomodando las cartas sobre la mesa ratona. Sus movimientos eran lentos, pero extremadamente medidos, con observarlo unos segundos, Yuri comprendió que ninguno era al azar. Finalmente, al otro lado de la habitación, sentado en el suelo y con la espalda contra la pared, había un niño de cabellos ensortijados y alborotados, cuyo rostro estaba sumergido en el interior de un libro. Lo cual, junto con las penumbras del lugar, no permitía distinguir sus facciones.

El hombre de lentes gruesos se alejó un poco de Yuri, se sentó en una de las sillas altas, junto a la barra, y carraspeó antes de comenzar a hablar.

—Muy bien, gente; éste que ven aquí es Yuri —dijo, usando un tono casual y ameno, como si se encontraran en una reunión de alcohólicos anónimos—. Creo que todos saben quién viaja con él, así que no va a hacer falta presentarla. Yuri —continuó—, el que ves junto a la barra es Sebastian. Aquel, en el sillón, se llama André; y el que está allí, contra la pared, es nuestro querido Sasha. Mi nombre, en caso de que aún no lo sepas, es Lenmar.

A diferencia de los dos primeros, que habían levantado la mirada y movido ligeramente la cabeza al ser presentados, el niño del rincón se quedó en su lugar, inmóvil, aparentemente abstraído en la lectura.

—Sasha, ¿no vas a saludar a Yuri? —dijo Lenmar, como si en verdad estuviera retando a un niño.

La pequeña figura de cabellos enrulados tembló casi imperceptiblemente al recibir el llamado de atención. Parecía haber sido atravesado por un estremecimiento. Cerró el libro, lo

acomodó en un rincón del suelo, y se levantó. Recorrió la distancia entre él y Yuri a paso lento, avanzando con movimientos casi felinos. Acechando. Mientras más se acercaba, mejor se podía distinguir su rostro. La piel pálida, los ojos enormes contorneados por unas profundas y negras ojeras, los labios secos y cuarteados de un color parecido a la carne de los peces muertos. Vestía una camisa negra, de cuello y mangas blancas con ribetes texturados. Vestía y lucía como debían lucir los niños de otra época antes de meterlos en un ataúd.

Terminó de acercarse a Yuri, y con un gesto de su cabeza le pidió que se agachara.

—Buenas noches, anomalía —dijo mirando a los ojos de Yuri, *adentro* de Yuri; buscando la otra esencia con la que él cargaba. La mueca perversa brillaba a través de sus labios resecos. Luego dio media vuelta, hacia donde estaba Lenmar, pero a medio camino se detuvo y agregó en un tono áspero—. Casi lo arruinas todo. Debes saberlo —siguió avanzando hasta Lenmar y, una vez junto a él, apoyó su cabeza en las piernas del hombre, sin abrazarlo, pero con los ojos cerrados y la respiración pausada, disfrutando de aquel lugar.

La voz, que hasta entonces había permanecido callada, zumbó en la mente de Yuri en una inflexión punzante y ponzoñosa.

No hacía falta que ella se lo dijese: era de Sasha de quien más debía cuidarse.

De pronto todo aquello le pareció un sueño, un sueño como aquel en el que su vida fue absorbida por *ella*.

Alguna vez los habían llamado “súcubos”; pero para él sólo había sido la más hermosa de las mujeres ofreciéndosele oníricamente, haciéndole fabulosas promesas, siendo suya. Sin embargo, ahora su vida entera era una pesadilla en la que todavía podía entrever, tras la oscuridad embotada de su mente, recuerdos lejanos de su belleza embriagadora.

Se quitó el sombrero, lo puso sobre la barra, y se sentó en una silla.

La pierna le ardía cada vez más, pero la voz en su mente lo chistó cuando estuvo a punto de palpase la latiente herida.

—¿Vodka, *tovarich*? ¿O equivoqué la época?

Sebastian le sonrió con ironía.

Yuri se quedó meditando en eso; mientras, en su mente, la voz seguía un curso diferente de ideas, uno que lo dejaba a él al margen.

Recordó la anécdota de los pilotos: ¿la había oído? ¿La había visto en alguna película? ¿Acaso la había vivido? El sonido del motor de un LaGG-3 dentro de la carlinga, antes de despegar, con el rotor a pleno. El viejo chiste al salir a combate: *lakirovanny garantirovanny grob...* “El ataúd barnizado garantizado”... ¿Acaso había sido un piloto en la segunda guerra mundial?

Luchó por emerger. No sabía si aquello era otro desvío en el laberinto que ella había trazado en su mente, otra forma de distraerlo, de retirarlo, o un verdadero recuerdo; pero ahora eso era lo que menos le importaba.

Se esforzó hasta salir nuevamente del sumidero de ese vórtice de memoria, mientras susurraba de modo casi imperceptible:

—¡Lo prometiste!

La furia lo consumía. La furia y la vergüenza.

La voz en su cabeza se interrumpió y le prestó atención. Luego le respondió lacónicamente:

—¡Por supuesto!

La sensualidad y la ironía mezcladas.

Yuri alargó el brazo y liquidó el vaso de vodka de un solo trago. Luego fue otro, y otro más. El transparente líquido mermaba rápidamente en la botella. Ésa era su mejor forma de vengarse: empantañarle el nido aturdiendo su propia mente, el sitio que ella había convertido en su hogar.

—¡No seas estúpido! —estalló ella... *eso*— ¡No podemos darnos el lujo de estar en desventaja!

Al siguiente vaso lo despachó aún más rápidamente, desafiante. Pero entonces un reflejo involuntario lo obligó a doblarse en dos y a vomitar sobre el piso de la habitación.

Aquello era aún mejor, pensó Yuri despechado, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Cuando ella tenía que intervenir físicamente, quedaba muy débil; lo suficiente como para no intentar por un largo rato tomar el control y exiliarlo de su propia cabeza.

Cuando se enderezó, notó la mirada de todos sobre él. Sasha, el más interesado de ellos. El chiquillo era como un ave de presa, ávido, cerniéndose sobre lo que pronto serían sus despojos.

—En tus sueños, mocosos —escupió ella en su mente.

En ese instante Yuri comprendió lo peligroso de todo aquello, lo delicada de su situación. Ese juego de celos y odio, lo podía aniquilar. Debía estar en control, en equilibrio; pero tampoco podía permitir que ella se debilitara. Después de todo, ella era lo único que aún lo mantenía con vida.

—Les dije que la anomalía no era estable.

La vocecita de Sasha era insidiosa y aterradora.

—¡Basta! —sentenció Lenmar— Ya no se puede volver atrás. La decisión ha sido tomada. Si nuestra querida —y aquí una serie de sonidos guturales invadieron la habitación— ha decidido compartir al mortal con su propia mente, es su decisión. ¿O piensas contradecirla, Sasha?

El niño tembló frenéticamente por unos segundos, como si fuera a desbaratarse. ¿Miedo? ¿Odio? Luego, se calmó de pronto y sonrió políticamente, mientras se sentaba en una esquina de la mesa ratona, cuidando muy bien de no tocar ni una de las cartas allí ubicadas por André.

La atención de Yuri fue llevada a esas cartas y se quedó mirándolas. Aquello no era un solitario, aquello era una serie numérica compleja expresada en diversas posiciones. Sin embargo no era capaz de pensar con claridad. La voz le dijo entre altanera y compadecida:

—Cuanto menos sepas, mejor.

Lyubovnitsa, sí... Pozhirayushchiy, también... Amante. Devoradora.

De a poco todos se reunieron en torno a las cartas. Cada uno examinaba un grupo de naipes con detenimiento, mientras André seguía colocándolas. Había cartas de póker, españolas, arcanos mayores, fichas con runas...

Lenmar advirtió:

—Sin ellos no estaremos listos. No podemos intentarlo hasta que lleguen.

Poco a poco cada uno volvió a su sitio, como en un juego preprogramado: Sebastian a la barra, Sasha a su libro, Lenmar a una de las sillas. André jamás se inmutó, nunca dejó de colocar las cartas, ajeno a todo y a todos, como en un trance.

Yuri regresó a su sitio en el bar. Volvió a aceptar un vaso de vodka, pero esta vez no se lo tomó, sólo lo mantuvo allí, entre sus manos aterradas, intentando encajar en ese cuadro

absurdo y surreal, intentando cumplir con un papel que ignoraba, intentando significar algo.

El tiempo pasaba lento y sin sobresaltos. Era como gran babosa arrastrándose y dejando tras de sí un surco de sopor.

Entonces volvieron a ladrar los perros.

Esta vez parecían haberse encarnizado con algo, tal vez con un trofeo. Uno gimió como si hubiese sido herido. Los ladridos fueron frenéticos y luego, poco a poco, remitieron hasta serenarse en tensos gruñidos.

Esta vez Lenmar no salió. En realidad nadie se alteró. Yuri procuró no demostrar su inquietud.

Cuando la puerta se abrió, entraron un par de muchachos; un chico y una chica jóvenes, altos, bellos, idénticos. Mellizos, seguramente.

Lenmar se puso de pie de inmediato y volvió a las presentaciones, tan casual como antes. Los recién llegados eran Iván e Irina.

Yuri se concentró en la muchacha: rubia, alta, delgada como una *prima ballerina*. ¿Un íncubo? Y mientras la miraba de reojo, noto a Iván fijando sus ojos en él, o mejor dicho, en *ella* dentro de él.

¡La admiraba! Iván la admiraba, podía leerlo en su cara, en sus gestos.

Por un momento los celos lo carcomieron, tuvo ganas de saltar sobre el muchacho, de abalanzarse sobre su cuello, de estrangularlo. Casi podía gozar anticipadamente con la vida huyendo de aquel ser esbelto y bello. Entonces volvió en sí, se calmó. Respiró hondo y regresó a su contemplación, preguntándose hasta dónde podría utilizar a alguien como Iván. Torcer su admiración a su favor.

Lenmar lo observaba con una ceja enarcada. Por unos instantes la patética figura que representaba ante el hombre de los anteojos, se había convertido en algo digno de su atención. Era como si a sus ojos, de repente se hubiese convertido en un jugador. ¡Qué ironía que fuesen los celos el motor de ese cambio de estatus!

Ahora todos volvían a colocarse en torno a las cartas. André seguía tan abstraído como siempre.

Sasha se coló por entre los mellizos, se arrodilló en el suelo, y apoyó los codos en la mesa ratona.

Yuri empujó levemente a un lado a Sebastian y acaparó el mejor lugar, junto al crupier de esta exótica partida.

Pero, ¿contra qué jugaban? ¿La vida? ¿El destino?

Iván notó su esfuerzo por parecer fuerte y se lo creyó. Soltó la mano de su hermana y se ubicó un paso detrás de Yuri, como marcando lealtades. El grupo estaba dividido, al parecer. Irina posó sus delicadas manos sobre el cabello de Sasha y comenzó a acariciar al niño.

El mocosito miró a Yuri desafiante.

En el mudo juego de equilibrios, Sebastian dudó; entonces Lenmar tomó la palabra y empezó una larga letanía. Eran palabras importantes, palabras que lo significaban todo. Pero algo le impedía a Yuri entenderlas...

¡Ella!

Yuri luchó por concentrarse, pero le fue imposible. El sueño volvía, el mismo sueño donde *eso* que llevaba dentro suyo lo había abordado. Ella besó su consciencia, dulce amante, *lyubovnitsa*. Y él lentamente comenzó a ceder, deshaciéndose por dentro en el recuerdo de la

noche, del súcubo, del momento más perfecto de su existencia. Muy en su interior él sabía que aquello lo estaba vaciando, controlando, intentando distraerlo para que no viese en instrumento de qué cosa se había convertido. Pero al menos aún retenía su ser, su esencia, aunque no recordase de sí mismo más que su nombre y flashes de su existencia; flashes incoherentes e inconexos. Y, además, ya no quería seguir mintiéndose más: al menos aún la retenía a ella, a su *pozhirayushchiy*... quien lentamente se lo estaba devorando por dentro.

—Devorando no, Yuri. Te halagas demasiado. No eres tan delicioso.

La risa que lentamente se extinguía lo volvió en sí. Estaba en la casa. Pero estaba solo.

Por entre las celosías se colaba la luz gris, cansada y polvorienta de una mañana de tormenta. La escasa y casi inexistente luz.

Intentó ponerse de pie, pero cayó al suelo. La pierna le dolía terriblemente: la herida estaba hinchada, ennegrecida.

¿Qué había pasado anoche? Se concentró, debía recordar...

El bus, la noche, el maizal, los perros, la oscuridad, la reunión.

¡La reunión! Era preciso que recordara la reunión.

Retuvo la respiración; ya no la sentía pero sabía que ella continuaba allí, en su mente, agazapada o, tal vez... ¿acaso los súcubos duermen?

Tenía poco tiempo. Por un instante deseó saber quién era él, de dónde venía, cuál era su época, su oficio, su vida. Pero si malgastaba esta ventana privilegiada de tiempo a solas, antes de que ella volviese, antes de que la falta de su veneno lo obligara a despertarla, a rogarle por favor que no lo dejara... ¿Y por qué rogarle un imposible? Ella no lo dejaría, tan sólo le permitía vivir porque algo en Yuri hacía que ella no pudiese o no quisiese expulsarlo de su propio cuerpo, de su propia mente... ¿Y qué tenía de particular él, como para sobrevivir a su ataque, a su convivencia forzada?

—¡No! ¡Basta! —se gritó frenético a sí mismo— No puedes recordar eso. Ella no debe saber por qué no te puede expulsar. Si lo vuelves consciente, ella lo verá.

»¡La reunión, lo que importa es la reunión! Concéntrate, recuerda, ¿qué pasó en la reunión?

Poco a poco, en una nube de confusión, los recuerdos volvieron.

Sabía que estaba sacrificando su identidad por ello, pero algo le decía que eso era aún más importante que su propia persona. O tal vez, en el fondo, eso era parte de lo que él era, de aquello para lo cual estaba allí.

El pulso en su cabeza empezaba a despertar. Se apresuró, en el límite de su pensamiento ella se desperezaba. Si quería saber qué había pasado anoche, era ahora o nunca.

Se arrastró hasta el baño, llenó el lavamanos de agua, y sumergió la cabeza dentro.

El agua era como un bálsamo. Ayudaba a ordenar sus pensamientos. Se irguió y se agarró de la puerta con una mano, mientras que con la otra se mesaba salvajemente los cabellos, tratando de forzar la ventana de su mente. Rasgando el muro, buscando algún recuerdo de lo que había pasado, de lo que no le permitieron ver...

Por entre la nebulosa aparecen entonces las figuras de los demás. Apenas distinguibles, pero son ellos; sólo que rodeados de un aura oscura, una emanación viva que pareciera latir por sobre los cuerpos que ocupan.

—*La voz de las runas ha hablado. Ya todos sabemos lo que debemos hacer* —declama Lenmar, a su derecha. Y ahora puede entender lo que dice—. *¿Crees poder con tu parte?*

—agrega dirigiéndose a él; hacia ella en realidad—... *te arrastras con ese cascarón defectuoso. Quizás ya no te sea tan fácil.*

Puede sentir cómo su orgullo es herido. Pero, sobre todo, su imagen. Y esto es lo peor. Lenmar ha marcado su debilidad en frente de todos. Casi puede adivinar cómo el pequeño Sasha se relame ante las palabras que acaba de escuchar: como si se regocijara con el olor de la herida abierta. Pero no es el único. Todos están atentos a ella ahora. Es un lobo herido a la hora de la cacería.

—*Nada ha cambiado* —pronuncia ella con la voz de Yuri. Apenas discernible en ese tono profundo y distorsionado en el que formula las palabras. Ese tono que pareciera venir de otro lugar, de una garganta dentro de otra garganta.

—*Yo la asistiré, de ser necesario* —dice una voz detrás de él. Y el cuerpo de Yuri no se mueve para ver de qué boca ha salido, pero puede adivinar que es la de Iván.

Ante este gesto, el recuerdo de su pequeña *lyubovnitsa* pareciera estremecerse. Iván acababa de confirmar su posible inutilidad.

Yuri apoyó el peso de su cuerpo en la puerta del baño. La habitación le daba vueltas y sentía en su cabeza el peso del mundo. Apretó ambas manos en sus sienes tratando de recomponerse, pero el vértigo de los recuerdos recuperados lo empujaba hasta el inodoro, donde se desarmó en arcadas. De todos modos ya no le quedaba nada que vomitar, aunque el esfuerzo lo dejó completamente agotado.

Al salir del baño se sentó en una de las sillas junto a la barra.

Podía sentir cómo había desperdiciado una oportunidad única. Y se sabía inútil, tanto física como mentalmente, como para volver a intentarlo ahora.

Todo ese esfuerzo en vano; sólo para ver el final inevitable.

Tomó el vaso con vodka que aún permanecía intacto en la barra, desde la noche anterior, y sorbió uno o dos tragos lentamente. Se asqueó ante el sabor y la sensación del líquido pasando por su garganta.

¿Cuánto tiempo había transcurrido realmente desde que terminó la reunión? No entraba suficiente luz solar a ese sitio como para poder adivinar qué hora era. Y ya no quedaba nadie allí. Hasta donde sabía, todos podían encontrarse repartidos en diferentes rincones del planeta. Y él estaba solo. Completamente. Por primera vez en mucho tiempo. Al menos hasta que su querida *Devoradora*, su rosa de los vientos, despertara.

La pierna lastimada comenzaba a entumecerse. Lo que sea que hubiese empezado en la herida del pie, ahora parecía amenazar con propagarse mucho más allá. Se agachó un poco, para verla más de cerca, pero cuando estaba por arremangarse el pantalón se dio cuenta de que no estaba tan solo como creía.

—¡Oh!, ¿estás lastimado? —dijo Sasha, desde la puerta, acercándose lentamente—. Deberías hacerte ver. No queremos que nada interfiera con nuestros planes... ni siquiera tú —añadió con una sonrisa terrible, apenas marcada en sus labios.

¿Cuánto habría visto de la herida? Seguramente nada. Quizás sólo estaba adivinando. Pero, ¿y si no?

Sasha continuó acercándose. Sus pasos pequeños y tranquilos hacían interminable la distancia. Y, sin embargo, su figura de niño parecía interponerse entre Yuri y la puerta con una presión tan inconmensurable que apenas si lo dejaba respirar. Estaba acorralado. Trataba de recordar frenéticamente si había visto algún tipo de ventilación en el baño, alguna vía de

escape, para alejarse de esos ojos. Pero los nervios no lo dejaban pensar con claridad. Instintivamente se puso en pie, irguiéndose, imponiéndose en su altura de adulto por sobre el niño; pero también sopesando en su mente las posibilidades de sobrevivir a un ataque directo de Sasha. Después de todo, ya no estaba Lenmar para sostener su correa. Y él, más que nunca, se hallaba por su cuenta.

Cerró los ojos con fuerza e intentó llamarla. Despertarla a gritos en su mente.

Cuando los abrió, Sasha se acomodaba en una de las sillas altas cercana a él. La altura de la misma lograba acercar más la línea de visión entre uno y el otro.

Estuvieron así por largos segundos. Midiéndose. Yuri no se animaba a hacer ningún movimiento, por miedo a incitarlo. Mientras que Sasha, intercaladamente, observaba y jugueteaba con sus dedos sobre el vaso de vodka.

—Tu nombre era Yuri, ¿no? —le dijo de repente.

Yuri se dio cuenta de que por primera vez se dirigía a él y no a ella. Y eso lo estremeció aún más. ¿Esto significaba que sabía de *su* ausencia?

—¿Eres ruso? —continuó, sin esperar respuesta—. Apuesto a que ni siquiera lo recuerdas —y al terminar de decir aquello emitió un pequeño y gutural sonido, parecido a la risa.

Continuó jugando con uno de sus dedos en el borde del vaso, introduciéndolo luego dentro, y probando apenas un poco con la punta de la lengua. Inmediatamente su cara se deformó en una mueca infantil de asco.

—No sé cómo tú y Sebastian pueden beber tanto estas cosas. Yo apenas lo tolero. Debe ser que las papilas gustativas de este cuerpo no están del todo desarro...

—¿Qué es lo que quieres? —lo interrumpió Yuri bruscamente. A Sasha eso no pareció gustarle para nada.

—Sé que estás solo, humano. Así que no abuses de tu suerte —dijo el niño con un tono seco, mucho más parecido al de la noche de la reunión—. Sé que ella debe haberse retirado por el momento. Debe estar cansada. Todos lo estamos luego del cónclave. Sólo Lenmar y quizá André pueden conjurar sin agotarse.

Continuó examinando a Yuri, como queriendo confirmar sus palabras. Entonces agregó:

—¿Y si te dijera que puedo ayudarte a deshacerte de ella?

El cuerpo de Yuri vibró de arriba a abajo ante la propuesta de Sasha. ¿Qué pretendía realmente esta criatura? Resultaba obvio que estaba apelando a su lado humano. A lo que quedaba de humano en él. La parte más oscura. Ese lugar donde se arrebujaban el temor, el odio y la traición. Pero, ¿cuánto había de verdad en lo que decía? ¿Había vida después de esto? ¿Después de ella? ¿Cuánto puede uno creer en el olvido cuando se está imbuido del amor, del odio, y, finalmente, de ella? Porque su *lyubovnitsa* era el final. Y también fue el comienzo.

—Déjame liberarte... —pronuncia Sasha, marcando las palabras lentamente, mientras acerca su mano a la frente de Yuri...

Y él está inmóvil. No puede alejarse. Y la mano de Sasha como una garra comienza a clavar sus uñas en él...

—Pero Lenmar... —dice Yuri, en una voz apenas audible— serás castigado...

—“El lobo no teme al perro pastor, humano... sino a su collar de clavos” —responde Sasha. Y en su rostro se puede ver una alegría perversa que lo atraviesa en una contorsión horrible y le desfigura las facciones.

Gotas de sangre comienzan a caer sobre sus ojos y su visión se tiñe de rojo. Siente cómo la esencia que vive junto a él es alterada, casi corrompida. Siente que la vida se le escapa y no puede hacer nada para evitarlo. Entonces se entrega a un último pensamiento. A un último recuerdo que es también el primero: piensa en ella y en el momento en que la tuvo en sus sueños.

Sus ojos son extraños. Me hacen acordar al reflejo del cielo en el estanque por las noches, cuando no hay estrellas. Son profundos. Oscuros. Pero no me provocan miedo. Hace tiempo que dejé de temerle.

Me gusta charlar con él. Siempre tiene cosas interesantes que decir. Y lo mejor de todo es que, cuando estoy con él, no me mira raro como los demás. Todos me miran diferente desde que mamá murió. Incluso papá. Ahora apenas si me dirige la palabra.

“¿Qué es esto? —grita Yuri por dentro—, ¿dónde estoy?, ¿eres tú, mi amor?, ¿has despertado? Busco guarecerme en tí. Que me arrulles en tus brazos como aquella vez. Evocarme en la condenación infinita de tu amor. ¿Te acuerdas?, nunca había dado tanto por tan poco... sin embargo éste no soy yo, pero, ¿eres tú, amor?, ¿has despertado?...”

Hoy le hablé a papá de él. Creo que por un momento intentó sonreír cuando se lo dije, incluso acariciar mi cabeza. Pero enseguida se arrepintió y me gritó. Y me mandó a mi habitación. Que todo era un sueño y una tontería.

A la noche —porque siempre es de noche y en sueños cuando me encuentro con él—, al enterarse de la reacción de mi padre, no hizo más que reír. Le insulté, ofendido por reírse de mí; pero cuando estaba por irme me detuvo. Me tomó de la mano, me acarició el cabello y me sonrió dulcemente. Y me habló despacio y suave, como siempre hacía al hablarme de cosas importantes. Me dijo que no me preocupara por mi padre, que él no me comprendía, pero que eso no significaba que no me quisiera; sino que, a veces, desde el dolor es difícil entender a los demás. El dolor es egoísta y no deja ver más allá de uno. Pero que yo no estaba solo, que él iba a estar junto a mí, desde ahora, cada noche. Luego, me besó la frente, me enjugó las lágrimas y me dijo que la próxima noche tendría una sorpresa para mí.

“Has despertado. Lo sé porque estoy vivo. Pero, ¿por qué no respondes, dulce *lyubovnitsa*? Tengo miedo de que no puedas hacerlo, pero más aún que no quieras... Este mar de divagaciones no es mío, pero así y todo creo reconocer esos ojos, esa risa... La luna se ha quebrado en dos, alguna vez, y éstos son los despojos que el lado oscuro enterró...”

He vuelto a verla. Ha entrado por la misma puerta por la que él entra todas las noches; ésa que ya no creo poder cerrar. Venía tomada de su mano y caminando con el mismo paso cansino que él suele utilizar. Creo que hasta pude sentir su aroma, el mismo, el de siempre. Él volvió y trajo a mi mamá consigo. Y fue hermoso. Me desperté llorando de felicidad.

Pero cuando quise volver a verla a la noche siguiente, él me dijo que no era posible, que no era algo tan fácil de realizar. Yo me negué a eso. Me violenté e intenté forzarlo, quería verla. Pero no funcionó. Herido y en el suelo, me dijo que así lo único que lograría era terminar pareciéndome a mi padre. Él sabía bien dónde golpear cuando quería.

Lloré desconsoladamente a sus pies, y supliqué. Él suspiró y me dijo que había una forma; pero que él no podía obligarme a hacerlo, ya que una vez hecho no habría vuelta atrás. La decisión entonces debía nacer de mí y sólo de mí. Para poder volver a verla, debía seguirlo hacía el otro lado. Era la única manera.

Al despedirnos esa noche pude notar su intranquilidad. Creo que lamentaba haberme dicho lo que me dijo.

Hoy, antes de volver a dormir, intenté acercarme a mi padre. Pero no pude. Esperé hasta que la bebida lo durmiera, y luego me paré junto a él para besar su frente. De la misma manera que mi amigo solía besarme por las noches. No le guardaba rencor. Sabía que dentro suyo me quería. Pero yo necesitaba que también me comprendieran. Necesitaba ser feliz.

Esta noche me iré al otro lado con Sasha.

—¡NOOOOOOOO! —la voz de Sasha gritaba, mientras seguía presionando sus uñas en la frente de Yuri, y ambos caían al suelo—, ¡eso no es para tus ojos, anomalía! ¡Su voz no es para que tú la escuches!

Entonces Sasha comenzó a golpearlo salvajemente en el rostro y en el pecho. Estaba encima de él, y de su boca retorcida caían hilos de baba que salpicaban a Yuri, quien con los ojos aún teñidos con su propia sangre, lo veía como a través de un fino telón carmesí.

Cuando por fin pudo reaccionar y cubrirse de algunos de sus golpes, Yuri se dio cuenta de que Sasha iba poco a poco perdiendo ímpetu. Ya no golpeaba como lo que era, sino como humano. Golpeaba como un niño.

Yuri consiguió tomarlo de uno de sus brazos y apartarlo contra la barra. Pero Sasha se las arregló para soltarse y arrojarse de nuevo contra él. Aprovechando el empujón, Yuri puso su pierna sana en el pecho de Sasha y lo empujó con todas sus fuerzas.

El *niño* chocó entonces contra la mesa ratona, arrastrándola. Se retorció en el suelo por un momento y luego se levantó. Pero ya no fue a por Yuri. Su pelo alborotado le ensombrecía la mirada y, en ella, en esos agujeros negros que tenía por ojos, ya no había duda. La próxima vez mataría a Yuri. Los mataría a ambos.

* * *

“Abre, corta, mata y sigue. Abre, corta, mata y sigue. Allí dentro encontrarás a tu diosa, a tu señora. Abre, corta, mata y sigue. Bañate en rojo para ella. Abre por ella, corta con ella, mata para ella, y sigue. Abre, corta, mata y sigue. Abre, corta, mata y...”

—¡Iván! —lo llamó Irina. Arrancándolo de su pequeño y silencioso ritual— Ya basta, Iván. No le sacarás más sangre que ésa. Sólo nos haces perder el tiempo.

Iván se detuvo y miró a la hermana melliza del cuerpo que habitaba. Era una sensación extraña. Aún no se acostumbraba a ello: como verse en un espejo cuyo reflejo devuelve la imagen exacta de lo que uno es, pero del sexo opuesto. Al pensar en su Señora, y en su cascarón masculino al que llamaban Yuri, no pudo evitar especular sobre los gustos sexuales de éste. Quizás hubiera sido más conveniente un cuerpo femenino, como el de Irina. Pero enseguida desechó la sombra de aquel pensamiento. “Nimiedades”, se dijo, “ya encontraremos la forma de fundirnos. Como súcubos nada lo impidió. Y nada lo hará ahora tampoco”.

A sus pies yacía casi la mitad del poblado que acababan de visitar. La otra mitad estaba desperdigada en pedazos por el sembradío y cerca de la pequeña parroquia. Obra de Irina. Ella era quien gustaba de perseguir a los que corrían. Iván no. Iván prefería siempre los que luchaban. Había algo en ellos que lo hacía todo aún más especial. Quizás era el desafío. O la mezcla visceral del odio con el miedo. Ese miedo antiguo a lo desconocido. O tal vez la esperanza. “Sí, la esperanza”, pensaba Iván. “Verla resquebrajarse en sus ojos, en su último aliento; eso es lo que lo hace todo tan especial”.

—Vamos... —volvió a insistir Irina, mientras limpiaba el filo de su acero con un pedazo de trapo— El cielo comienza a nublarse demasiado acá también. Tenemos que terminar antes de que la oscuridad llegue, y con ella las sombras.

—¿Cuántos poblados faltan? —consultó Iván, pasando por sus labios un poco de la sangre que quedaba entre sus dedos. A diferencia de Irina, él prefería luchar con sus manos desnudas y no con una espada. Lo creía un mejor tributo a su Señora, a su diosa personal. Así, bañadas en la vida ajena, las imaginaba dignas de descansar en su piel.

—Ahora, sólo dos. Uno al norte y otro más al este, del lado del mar. Con eso ya rodeamos la montaña. Lenmar estará contento. Quizás ya sea suficiente sangre para despertarlo...

—Lo dudo. Nunca es suficiente sangre.

Irina gruñó pesadamente ante el comentario. Pero, de inmediato apareció una sonrisa maliciosa entre sus labios:

—¿Qué crees que piense *ella* de todo esto?, digo, ahora que es más humana que otra cosa.

“Maldito y sucio íncubo”, restallaba el pensamiento en la cabeza de Iván. “Abre por ella, corta con ella, mata para ella...”

—Nada ha cambiado. Lo has escuchado en la reunión —le contestó Iván, mientras intentaba contenerse repitiendo una y otra vez su mantra predilecto: *abre, corta, mata y sigue... abre, corta, mata y sigue*—. Además, Lenmar confía en ella. Hará lo que se tenga que hacer.

—Bueno, espero que así sea —dijo Irina, mientras comenzaba a marcharse, espada en mano—. Lenmar sólo puede contener esas cosas en forma aislada. Lo he visto hacerlo y sé lo que le cuesta. Si el plan no llega a funcionar y esto se convierte en algo global, se acabó la diversión para todos nosotros; no más fiesta de zorros en el gallinero.

* * *

Llegaron en la tercera noche, luego de que todo comenzara.

Aunque era imposible estar seguros del todo: el cielo ya estaba completamente negro para entonces, y no sabíamos siquiera si era de día o de noche. Nunca habíamos necesitado más que el sol y la luna para guiar nuestras vidas, y ahora no contábamos ni con uno ni con el otro. Sólo la oscuridad.

En un principio varios de nosotros creímos haber enfadado a los dioses y que por eso nos negaban el sol, nos negaban las estrellas. Así que bailamos y ofrendamos gran parte de nuestra cosecha a la tierra, al mar y al dios del volcán, esperando que el Señor de los cielos abriera su gran ojo amarillo para observar nuestro sacrificio.

Pero nada cambiaba.

Cuando la tenue luminosidad que se escapaba de los espacios entre las nubes comenzó

también a desaparecer, la *Krevari* de cabellos blancos tembló. Ella veía más que nosotros, intuía en su piel lo que su vista no llegaba a atisbar. Y su voz urgente y descolorida empezó a desgranar gritos a todos los reunidos. Pedía fuego, más fuego incluso que aquel en el que la ronda nos amalgamaba. Un fuego en cada rincón, a diez pasos del último suspiro. Y nuestra sombra parecía entonces multiplicarse ante cada antorcha encendida y clavada en el suelo.

La *Krevari* comenzó a cantar, como si con el débil hilo de su voz intentara entorpecer la llegada de aquello que acechaba en la oscuridad. Eran palabras de poder, antiguas y cargadas de reminiscencias de nuestros antepasados. Pero se le enredaban y temblaban al salir. Así que muchos de nosotros comenzamos a cantar con ella. Atando nuestras voces a la suya. Ligando nuestra esencia.

Cantamos hasta quedarnos sin voz. Y aún entonces, a pesar de ello, continuamos cantando. Porque en cuanto callábamos apenas un instante, lo que habitaba en la oscuridad avanzaba un paso hacia nosotros. Uno que ya no volvía a retroceder. Era la oscuridad dentro de la oscuridad. La nada negra palpitando y respirando más allá de las antorchas, relamiéndose ante cada descuido nuestro.

Pasamos mucho tiempo así; alimentando el fuego continuamente con todo lo que teníamos a nuestro alcance. Pero no era suficiente. Y las antorchas que nos rodeaban comenzaron a apagarse una tras otra.

El aire se volvió espeso, ácido; cuando, de la nada, un débil manto de lluvia empezó a caer sobre nosotros.

Nos guarecimos alrededor de la gran fogata, que aún fulgía alimentada por lo último del entrelazado de pajas con el que cubríamos nuestras viviendas. El peso de la noche misma parecía buscar asfixiarnos, cerrándose sobre nosotros en un abrazo crudo y gélido. Temblábamos de frío y de miedo, mientras que los más pequeños lloraban desconsolados, como si en su inocencia comprendieran mejor que nosotros lo que rondaba allá afuera.

El espacio de luz que abarcaba la fogata fue haciéndose más y más pequeño, quedándose sin aire del que alimentarse. Y su claridad, de a poco, ya no alcanzó a protegernos a todos.

Entonces oímos el primer grito. Una fracción desdoblada del último aliento de un hombre. Ahogado, arrastrado. Un alarido silenciado por la noche. Y luego otro. Y otro más. Sucediéndose cada vez más rápido. Mientras que el resto cerrábamos los ojos y cantábamos con el hilo delgado que nos quedaba en la voz, casi ajenos, como para no sentir la contractura de la noche en nuestras almas.

La *Krevari* se puso de pie frente a todos y nos urgió a seguir cantando, moviéndose frenéticamente por entre nosotros. Sus cabellos grises crepitaban a la luz del fuego cual si fueran una evocación del ocaso. Sus manos pequeñas grababan surcos de tibieza en el aire. Su cuerpo, contraído por el peso de los años, comenzó a danzar con movimientos minúsculos pero seguros, delineando a su paso una estela lumínica casi invisible. Nos pusimos de pie para seguirla, para danzar y brillar con ella. Todo lo que quedaba de nuestro pueblo se movía ahora al mismo tiempo, al compás de ella. Resistíamos.

Una luna, dos lunas. Un latido del dios volcán. Un *zevenne* nacido en flor. Eso, o aún más, no sé decir cuánto tiempo estuvimos así. Pero el compendio de noches infinitas al que fuimos sometidos lo distinguíamos por esa sencilla y terrible enumeración: la primera noche, cuando se impusieron las sombras, la segunda, la de la resiliencia, y la tercera, cuando *ellos* llegaron.

La *Krevari* cayó de rodillas frente a nosotros. Y fue como ver derrumbarse la voluntad que

nos mantenía unidos y cantando; una vasija de barro cayendo al suelo y haciéndose pedazos. La mayor parte de los que estábamos junto al fuego dejó de cantar. Algunos comenzaron a correr y muchos trataron de seguirlos, pero se volvieron rápidamente al escuchar los gritos de los primeros. Los que seguíamos cantando rodeamos el cuerpo de la *Krevari* de cabellos grises, e inconscientemente nos tomamos de las manos.

Fue en ese momento cuando el fuego se apagó.

Y por un instante de lluvia y sombras, la noche se hizo carne en nosotros. Entonces los vimos. Figuras altas sin formas definidas; dibujos borroneados en la arena del aire. Negro sobre negro, sombra en la sombra, las entrañas de la noche caminando sobre la tierra. Y sus manos, sus garras, aquella extensión alargada y afilada, se contraía y dilataba, acercándose lentamente. El aliento de la muerte suspirando a nuestras espaldas.

Los que eran alcanzados por el tacto de las sombras sin forma caían al suelo, consumidos en un estertor agónico que no llegaban a soltar del todo por sus bocas, pero que quedaba impreso en la última expresión de su rostro. Algunos eran arrastrados hacia las fauces de la oscuridad, a lo profundo, donde ni siquiera podíamos oírlos morir. Y esto era lo que más temor nos provocaba. Porque, si no morían, ¿qué era lo que les deparaba allá, en la nada negra?

Fue entonces cuando *ellos* llegaron. Oímos el extraño gruñido de sus bestias a lo lejos, acercándose velozmente. Sonaban como los *qtivs* que habitan en los bosques y las montañas, y se movían en grupo como aquellos, pero su pelambre era oscura y no gris, ni blanca. Usaban un sonido que no era predominante en los *qtivs*, pero que en ellos sonaba natural: un ladrido violento y desalmado que paralizaba a las sombras profundas.

Las bestias pasaron por entre nosotros sin concedernos importancia, rodeándonos y manteniendo a la oscuridad en un espectro controlado.

Fue como si de repente la luna decidiera volver a respirar; no visible aún, pero dejando adivinar a lo lejos algún latido de su luz.

El sendero colina abajo, por donde habían llegado los *qtivs negros*, volvía a aparecer a nuestros ojos. E inmediatamente nos dimos cuenta que debíamos apresurarnos, porque los *qtivs negros* se agolpaban en un semicírculo detrás nuestro, cubriendo nuestra huida, en un coro rabioso que se volvía cada vez más desesperado. Delante de ellos, y a la luz de la noche, aquel muro de oscuridad parecía encenderse, más profundo y más vivo aún.

En la base del sendero, donde solía comenzar nuestro pueblo, había dos hombres blancos esperándonos. Al llegar a ellos no nos dirigieron la palabra, ni hicieron ademán alguno que fuera similar a un saludo, pero mediante gestos nos indicaron que los siguiéramos. Lucían tranquilos y serenos, ajenos al dolor y al miedo que se dibujaba en cada uno de nosotros. Vestían como la gente que habitaba del otro lado del volcán, esas que raras veces habíamos visto y de los que la vieja *Krevari* nos instaba a alejarnos. Y no se movían a pie, sino sobre animales con cabellera. Uno de ellos, el que iba adelante y no dejaba de observar a los *qtivs negros* colina arriba, llevaba algo extraño cubriendo sus ojos: dos piedras redondeadas, pulidas y transparentes. Recordé que una vez, cuando niño, vi cómo el cielo lloraba una lágrima de luz en medio de una tormenta, en la arena cerca del mar, y al acercarme noté que la misma se había vuelto sólida y transparente, parte arena, parte luz y parte lluvia. Era hermosa, pero no me atreví a tocarla, me sentí indigno. Y, sin embargo, lo que el hombre blanco llevaba sobre su nariz parecía estar hecho de lo mismo. Aquel hombre veía el mundo a través

de las lágrimas de luz que el cielo alguna vez lloró. Sentí un miedo reverencial hacia él.

Caminábamos en fila, alejándonos de lo que alguna vez fue nuestro hogar. El otro hombre, vestido todo de negro y con el pelo brillante, iba y venía a nuestro costado, del primero al último, apurándonos con palabras extrañas y una sonrisa que cada tanto se le dibujaba en los labios. Luego de mucho caminar, la lluvia se detuvo y la luna y las estrellas fueron encendiéndose sobre nuestras cabezas. Habíamos avanzado mucho, pero al parecer aún seguíamos en peligro, ya que no dejábamos de movernos.

Al llegar a un claro escarpado, el hombre de negro detuvo la marcha, interponiendo aquel animal con cabellera sobre el que andaba.

Agradecemos el descanso y nos acostamos en la tierra.

Ya estábamos a salvo.

Recién entonces nos permitimos reír y llorar. El peso de tanta muerte y oscuridad nos había sumido a todos en un silencio profundo, un silencio que no nos atrevíamos a quebrar mientras marchábamos. Nos abrazamos, nos consolamos, nos dimos fuerzas. Algunos se acercaron a nuestros salvadores y besaron sus manos, lloraron a sus pies. Estábamos agradecidos por tanta vida.

El hombre de cabellos fulgentes sonreía al escucharnos, atento a lo que decíamos. Pero el otro no nos prestaba mayor atención. Seguía observando el camino que habíamos recorrido con gesto severo, algo hastiado.

Luego de un rato volvimos a escuchar a los *qtivs negros*, que bajaban ordenadamente en grupo del camino que acabábamos de recorrer. Ladraban cada tanto, pero ya no con la misma intensidad que cuando lo hacían frente a las sombras que habitaban detrás de la oscuridad. Se detuvieron junto al primer hombre, el que no sonreía ni hablaba. Se acostaron junto a los pies de su bestia con cabellera, y lo observaron servilmente.

Ante otro apenas perceptible pero firme gesto de nuestros salvadores, retomamos la marcha. Ahora que los *qtivs negros* ya no estaban conteniendo a las sombras sin forma, debíamos asegurarnos de poner una buena distancia entre ellas y nosotros. O al menos eso pensábamos, porque nos exigían acelerar la marcha ya sin detenernos ni descansar.

Los *qtivs negros* se dividieron en tres grupos, uno a cada lado de la hilera que marcábamos al andar y el otro atrás, acompañando de cerca al que parecía ser su dueño. Mientras tanto, el hombre todo de negro, seguía yendo y viniendo de principio a fin para darnos ánimos en aquel extraño idioma en el que hablaba.

Caminamos mucho. El ojo amarillo del cielo aún no aparecía sobre nosotros, pero sabíamos que estaba pronto a salir, sentíamos el aroma del aire que lo anunciaba, como si las flores y el perfume de la tierra se despertaran a nuestro alrededor. Inconscientemente algunos de nosotros comenzamos a cantar: una melodía suave que siempre entonábamos al trabajar la tierra, desprovista de palabras, sin forma fija, cambiante y sutil como el viento. Un lamento plañidero con el que agradecíamos la vida. Los demás nos imitaron y empezaron a elevar sus voces junto a nosotros. Estábamos cansados, pero aquello nos ayudaba a seguir.

No notamos nada hasta que nos obligaron a hacer un alto. El pelambre oscuro que recubría a los *qtivs negros* que nos rodeaban estaba completamente erizado; nos gruñían y mostraban sus fauces afiladas. Querían que nos callásemos.

Y así lo hicimos. Obedecemos.

Llegamos a un terreno pedregoso que bordeaba una de las montañas. El suelo hacía cada

vez más dificultoso y pesado el poder avanzar. Los más pequeños y los más ancianos estaban agotados, llevaban aún impresa en sus rostros la marca del miedo, pero hacía rato que eso ya no los motivaba a seguir. Necesitábamos parar y reponer fuerzas. Pero nuestros salvadores parecían determinados a rodear la montaña antes del amanecer.

No discutimos con ellos. El recuerdo de las sombras sin forma aún estaba fresco en nosotros. Si debíamos cruzar al otro lado de la montaña para estar a salvo de ellas, eso es lo que haríamos.

Pero, lo que antes eran tres pasos, ahora era apenas uno. Los niños ya ni andaban y había que cargar con ellos, mientras que los ancianos eran ayudados por varios de los jóvenes para no dejarlos atrás. Sabíamos que no llegaríamos mucho más lejos. El suelo pedregoso y lo intenso de la marcha habían castigado nuestros pies hasta dejarlos en carne viva. Y, mientras rodeábamos la montaña, la pendiente se había vuelto más pronunciada y resbalosa.

Uno de los bebés que viajaban con nosotros había comenzado a llorar. Ese año sólo había habido un nacimiento en la aldea, así que era el más pequeño de todos. Gran parte de la marcha, su abuela que lo llevaba en brazos, había logrado hacerlo dormir. Pero ahora la criatura pedía por su madre, y ella ya no estaba, había sido una de los tantos que el tacto de las sombras sin forma se había llevado.

El niño había logrado que todos se detuvieran y voltearán para verlo. Era la belleza hipnotizante del dolor. Y su llanto crecía en urgencia e intensidad; casi desesperado. Los que estaban detrás y más cerca intentaban colaborar para consolarlo.

Uno de los perros que acompañaba la marcha a mi lado comenzó a gruñir, y luego varios más se le unieron.

La *Krevari* solía decir que los niños pequeños *ven* mucho más que nosotros, que sus lazos con la esencia de la vida y la naturaleza aún sigue firmemente conectada a su percepción de las cosas. Ahora creo que ella tenía razón y que aquel bebé intuía mejor que nosotros lo que iba a pasar a continuación.

Seguido por sus bestias y montando su animal con cabellera, el hombre que veía el mundo a través de las lágrimas del cielo, se acercó a la anciana y estiró sus manos hacia ella. Desde mi lugar podía ver el rostro de la mujer recortado por la luz de las estrellas. No había miedo allí, había confianza, entrega, fe. Alzó la criatura hacía él y la depositó en su brazos. Imagino lo que la anciana habrá pensado al hacerlo, porque yo pensaba lo mismo: nuestro salvador intentará calmarlo, consolarlo, llevarlo consigo en el animal que monta para no retrasarnos.

Pero ni siquiera lo miró.

Lo levantó con su mano derecha y se lo arrojó a los *qtivs negros*.

Mientras la criatura caía, el hombre pronunció una palabra ininteligible a la que las bestias de pelaje oscuro reaccionaron rabiosamente, arrojándose sobre lo que su amo les entregaba.

Se peleaban por llegar a obtener alguno de los despojos.

La anciana, y varios que atinaron a reaccionar frente a lo que pasaba, fueron rápidamente asesinados por los *qtivs* negros. El otro hombre, el que iba adelante vestido del mismo color negro, ni siquiera se molestó en intervenir o moverse; pero mantenía en su rostro aquella extraña y ahora perturbadora sonrisa.

Yo caí arrodillado al suelo, llorando y sin entender qué era lo que estaba sucediendo, ni el por qué.

No sé cuánto estuve así, pero la imagen de la *Krevari* de cabellos grises y su hermosa voz

cascada pasó muchas veces por mi mente. Todo había comenzado momentos después que aquella voz calló para siempre.

Ahora los *qtivs* negros gruñían y mutilaban a todo el que no se moviera al ritmo de la marcha que buscaban retomar.

Entre el final de la noche y la salida del gran ojo amarillo del cielo, dejamos de ser personas. En apenas un instante de luna y sol, ya no fuimos más un pueblo salvado, éramos ganado siendo arreado hacía algún lado; carne con vida pero sin alma y sin voz, arrastrándose por la ladera de la montaña. ¿Pero hacia dónde? ¿Y para qué?

* * *

Sueños. Ése era su terreno. No la estéril realidad.

El cuerpo que Sasha ocupaba hubiera permanecido con su vitalidad original de niño de no ser por estos momentos en los que él debía abandonar aquel cascarón humano de labios tumefactos, ojeras amoratadas y rizos renegridos, a fin de capturar nuevas almas.

Sólo dos incubos formaban parte del grupo. Uno estaba anclado en Irina, y debía cumplir con la recolección de sangre. El otro era él. Y sobre él había recaído la tarea de la sumatoria de almas.

Odiaba ese trabajo, prefería seguir dentro del niño. Ése era un terreno limpio, libre de cualquier consideración sobre el bien o el mal. Una base aséptica sobre la cual Sasha era perfectamente libre; sobre todo desde que el chiquillo accediera voluntariamente a vaciar su cuerpo.

En otras épocas hubiera buscado a sus víctimas con paciencia, asegurándose primero su pureza. Ciertamente, la virginidad era una forma, pero no la única. Las muchachas románticas y soñadoras solían ser perfectas; sus sueños eran húmedos y dulces. Pero ahora no había tiempo. La oscuridad avanzaba y él no podía darse el lujo de estar escudriñando debajo de las faldas o entre los libros ocultos en las mesas de luz, antes de elegir a alguna damisela. Y eso, francamente, le daba mucho asco.

Sumergirse sin más en un sueño, para hallar un nido de perversión o represión o una moral anquilosada, era el menor de sus problemas. Lo realmente perturbador era el laberinto que muchas mentes solían presentarle. Y cuanto más tiempo perdiese en esas mentes, intentando quebrarlas; más tiempo el cuerpo del niño, *su* cuerpo, se acercaba a la descomposición.

Ya llevaba una docena. El número debía ser exacto. La calidad, perfecta.

Una más. Suspiró. La última lo había dejado perturbado. Aun siendo apenas una humana, y por ello incomparablemente inferior, la maquiavélica mujer se había parecido demasiado a *ella*, a su rival.

¡Oh, como odiaba a esa serpiente que se enroscaba dentro de Yuri!

Incluso resultaba evidente que Iván era un adepto incondicional a ella, un peso importante que colaboraba en el lento escorar de lealtades y centros de poder dentro del grupo.

Ella era su rival natural y sabía que intentaría algo en pleno ritual. Lo haría. De eso no cabía ninguna duda. Pero, ¿qué? ¿Y cómo?

—Olvida a la víbora y su anomalía —se susurró a sí mismo con la vocecita del niño, mientras acechaba en la esquina de una calle nocturna—. Concéntrate en el aquí y ahora. ¡Busca! ¡Tiene que haber alguna medianamente apetitosa!

La chica no tendría más de quince o dieciséis años, pero obviamente deseaba representar muchos más. Los zapatos de tacón con plataforma eran prácticamente zancos colocados al final de sus delgadas piernas, dos extremidades flacuchas casi completamente expuestas bajo una minifalda de lentejuelas de miles de colores.

El top rosa chicle colgaba de sus huesudos hombros sin ninguna gracia; una tela inútilmente elástica que caía lánguida sobre pechos todavía no completamente desarrollados, incapaces de darle forma a aquel escote ni siquiera gracias al falso relleno del corpiño.

El maquillaje era una fantochada de colores estridentes destinada a hacerla parecer mayor.

Mientras se alejaba del club nocturno, la chica taconeaba erráticamente, sostenida por el precario equilibrio que le ofrecía su inexperiencia montada sobre tales zapatos. Iba refunfuñando algo. Era claro que no la habían dejado entrar.

Sasha sonrió.

La chica estaba tan ofuscada que pasó a su lado sin notarlo. “Al lado de un chiquillo”, se recordó Sasha.

Cuando olió el perfume exageradamente dulce, supo al instante lo que pasaría a continuación: despechada, harta de ser tratada como una niña —pero asustada de hacer cualquier otra cosa más drástica porque, en verdad, eso es lo que ella era—, la adolescente volvería a su hogar. Sus padres seguramente no estarían en casa. Ella tomaría el whisky de papá o la cerveza de su hermano mayor, y bebería “como adulta”. Entonces se aferraría a su osito de peluche y lloraría frente a lo injusta que era la vida, hasta quedarse dormida. Y, en ese momento, soñaría... Y soñaría sueños muy especiales, de eso se encargaría él mismo, en persona.

Sasha se relamió.

¡Nada mal para ser la última alma! ¡Por fin un caramelo!

La siguió a prudente distancia. La vio tomar el taxi. La vio bajarse. La vio entrar. Se imaginó que incluso podría aparecerse frente a ella ya mismo: un niño de camisa negra con mangas y cuellos de volados blancos, de aspecto mórbido. La chica creería que era un espectro salido de una de esas tibias películas de horror que seguramente miraría con la cara escondida entre las manos.

“No hay tiempo para juegos ni sutilezas”, pensó con decepción.

Se introdujo por la puerta de atrás de la casona, caminó silenciosamente por la cocina y el living, y se agazapó esperando su momento.

La chica ni siquiera vació la única lata de cerveza que había sacado de la heladera. Sólo subió las escaleras, entró en su cuarto, puso una insulsa música a un volumen insoportablemente alto, y se tiró en la cama a llorar. Tras una hora de mensajes de textos con sus amigas, comenzó por fin a adormilarse. Sasha percibió ese instante, ése en el que la mente comienza su lenta, lentísima fuga de la consciencia, y se puso de pie.

Subió las escaleras con la felina precisión de un depredador y acechó al otro lado de la puerta entreabierta. Pocos minutos después, entró. Primero, apagó el aparato de música y las luces, después quitó los zapatos de los hinchados pies de la chica, finalmente la arrojó y besó su frente, tal como lo harían sus padres. Luego cerró la puerta, abrió apenas la ventana —preparando su posterior huida—, y se introdujo debajo de la cama. Corrió un par de revistas y una caja con llave, seguramente portadora de los ocultos secretos de “Débora”, tal como rezaba la tapa decorada con corazoncitos; y se acomodó boca arriba.

Luego de unos minutos, consiguió confinar en un pequeño rincón de su mente a las otras doce almas que se retorcían de terror y lujuria dentro de la pesadilla sin fin en la que Sasha las tenía aprisionadas.

—Tranquilas, mis chicas, pronto tendrán una nueva amiguita con quien jugar —susurró la voz del niño en la oscuridad. Y volvió a gozar anticipadamente de todo aquello.

Con una sonrisa retorcida pensó que, finalmente, él era el monstruo escondido debajo de la cama al que tanto había temido alguna vez. Dejó escapar el aliento y abandonó el cuerpo del niño una vez más.

Sus manos etéreas se aferraron al dosel de la cama de la chica, trepando lentamente. Se encaramó en una de las delgadas columnas de hierro que sostenían la verde seda perlada y miró a su presa. Esas mejillas pálidas, aún redondeadas por la juventud, pronto adquirirían color, claro que sí. Él se lo daría.

Para cuando apoyó un pie sobre la cama, ya empezaba a parecerse al hombre con el que la adolescente siempre había fantaseado. Se miró a sí mismo: un atuendo casi victoriano, chaquetón, camisa, botas. El pelo rubio, los ojos celestes, los labios gruesos, y un enorme par de alas de ángel que nacían de su espalda. “¡Qué oportuna, mi niña!”, pensó Sasha con ironía.

Estiró una mano y una rosa se formó entre sus dedos. La apoyó contra la mejilla de la chica. Ella se estremeció.

Entonces el íncubo se agachó, extendiendo sus enormes alas hasta casi rozar con ellas las paredes, y susurró en su oído:

—Débora, mi dulce Débora, mírame. Aquí estoy, al fin he venido a ti.

Cuando la chica abrió los ojos, éstos estaban velados por el sueño. Sus movimientos no eran más conscientes que los de cualquier sonámbulo.

Él había adoptado, involuntariamente —movido por la fuerza del sueño y el deseo de la muchacha—, una pose ridícula: una rodilla contra el cubrecama y la otra levantada, sobre la que descansaba un brazo. Y, encima de esa mano, el mentón de un rostro pensativo y juvenil de rasgos finos, casi femeninos en su belleza.

—¿Lindsey? —respondió ella con voz somnolienta.

Sasha sonrió en la imagen del soñado galán que ilustraba las tapas de los distintos libros de una saga romántica, esparcidos sobre los muebles del dormitorio.

—Aquí estoy, mi amor, mi Débora —insistió Sasha.

La chica se puso de rodillas y abrazó al íncubo con verdadero ardor. Sasha comenzó a acariciarla tal como ella había leído, tantas veces, que Lindsey lo hacía con su amada Debbie. Y el ritual de una novela adolescente comenzó a hacerse realidad para la muchacha, a través del beso sublime y la caricia justa y la intimidad siempre a un paso de ser, pero negada a fin de cuentas. Deseo y deseo, ascendiendo peldaño por peldaño, hasta una cima trunca que jamás se consumaba...

Pero no era al ángel Lindsey a quien Débora se estaba entregando, sino a Sasha, un íncubo; y para Sasha no había ni podía haber cimas truncas o sin conquistar.

La respiración entrecortada y el calor y las punzadas de deseo le indicaron a la chica que ése era el momento en que su héroe se retiraría, atormentado por lo imposible de su mutuo y eterno amor. Pero eso no sucedió. Las manos de Lindsey no dejaron de aferrarla, ni su boca de buscar lugares más y más recónditos; y Débora se asustó.

—¿No me amas, acaso? —terció Sasha con la voz que ella había imaginado para él.

Ella asintió en silencio, su pecho subiendo y bajando en agitada confusión.

—Entonces entrégate a mí. Deja de ser una niña y conviértete en una mujer. *Mi* mujer. ¿Lo serás, dulcísima Débora? ¿Serás mía? ¿*Mí* Débora?

Los ojos acuosos de la muchacha se perdieron en los pozos celestes de Lindsey y, a través de ellos, en los huecos sin fin de Sasha. Un comienzo de rechazo ascendió por el fondo de la consciencia de la adolescente. El íncubo lo advirtió y decidió cortarlo antes de que éste se manifestase:

—Déjame ser tuyo... Déjame amarte... Déjame estar junto a ti, *para siempre*.

Las palabras mágicas.

Y él las conocía a la perfección.

La muchachita bajó todas sus defensas ante esa promesa perfecta. Y el íncubo entró.

Su alma era nueva, relativamente limpia, soñadora, y fue muy fácil de capturar. Sasha mordió en la sustancia psíquica como quien degusta una fruta suave y la asimiló poco a poco, tomándose su tiempo, vaciándola en vida con cada perfecta y placentera mordida. Tal como él había esperado, el mismo candor de la chica hacía que su espíritu fuese particularmente brillante. Así que, cuando el alma se partió como una nuez, Sasha casi queda ciego ante tanta pureza. Sin embargo, en ese momento, el íncubo ejecutó magistralmente su arte, regalándole a la adolescente un éxtasis perfecto como ella no podría siquiera haberse imaginado aún.

Dejó que el cuerpo de la chica la gobernara; inundada por completo con los secretos placeres que los miles de años de experiencias de Sasha sabían otorgarle. Jugó con ella, despertándole deseos que jamás habría tenido, perturbándola con visiones que nunca hubiera concebido, corrompiéndola de a poco en cada aspecto en que ella pudiese ser corrompida. Distrayéndola así más y más por medio de goces nuevos, goces que eran cada vez más parecidos a sufrimientos; hasta que esos sufrimientos se convirtieron en los cuchillos con los que extirpó su mordisqueada alma.

Sasha se abrazó a aquel cuerpo vacío que aún se retorció con sus últimos estertores de placer y dolor, y extrajo con un beso el alma de la chica, tragándola obscenamente; y sintiendo cómo ésta bajaba, dulce y fresca, por su esófago de espejismos hasta anclarse en su vientre de pesadillas.

Finalmente, el íncubo recorrió con su lengua la cara cada vez más fría de la chica, acelerando la rigidez que congelaría por siempre su última expresión: una mueca a medio camino entre la felicidad y el terror.

—Perdóname, mi niña hermosa —dijo Sasha, con tono apasionado y cínico, en el oído muerto de la adolescente—, debimos haber jugado un poco más, lo sé, ¡pero es que no tenía tiempo! Te juro que dentro de mi vientre te lo compensaré. Allí te haré conocer todas las secretas maneras de mancillarte que te habría hecho experimentar en vida; todas las exquisiteces que hubiera diseñado únicamente para ti, si tan sólo hubiésemos dispuesto de más tiempo juntos, mi tierno caramelo.

La prosa con que estaba hecho Lindsey se licuaba en la ironía de Sasha. De pronto, las plumas de sus alas se volvieron grises, ajadas, mustias, y fueron cayendo una a una sobre el cuerpo de la chica. “Éste es un buen toque”, pensó Sasha, “romántico, supongo. A ella le gustaría, sí”.

Sin el sostén de la mente que lo soñaba, el rostro del joven que ilustraba la portada de los libros, se descompuso de a poco; hasta dejar sólo una calavera que cayó a sus propios pies. El

resto de sus huesos y carne decapitados se desintegraron como humo sucio. Y Sasha volvió con su nueva adquisición hacia el espacio que había bajo la cama de la adolescente.

—Prometí que te cuidaría y aquí estoy, ¿no es así? —dijo al cuerpo yacente del niño, y entró en él.

Sasha volvió a abrir los ojos del pequeño y salió de debajo de la cama. Miró el cuerpo muerto de Débora y las plumas que lo cubrían como tela podrida, y sonrió. Le dio a la chica un beso en la frente y sintió sus propios labios más mustios que antes, como si el tiempo que había dejado al niño solo lo hubiese deteriorado un poco más. Pero eso no le importaba; él tenía una especial debilidad por ese cuerpo y pensaba conservarlo. Finalmente, tomó una silla, trepó en ella, y salió por la ventana.

Con un gesto extraño, dejó que la nueva alma se mezclara con las otras en un rincón de su mente.

—Ahí la tienen, mis chicas —dijo en voz baja—, saluden a su última compañera. Es la más pura que encontré y ya no habrá otras —Sasha se asomó al alero y miró el cielo de la madrugada cubierto de nubes. Luego se quedó observando el suelo, comprobando que no hubiese señales de las sombras. ¡Bien!

—El Señor de la Lluvia estará muy complacido —agregó con un dejo de triunfo en la voz—. Y yo al fin tendré mi venganza de esa víbora y su irritante anomalía.

Saltó al jardín, se limpió la ropa, y salió caminando despacio; tanteando el lugar como un niño perdido.

* * *

—André estará en el punto de reunión. Todo lo que tienes que hacer es llegar allí. ¿Crees que podrás hacerlo?

La insidiosa voz, con su tono sarcástico, lo atormentaba. Pero lo que más lo atormentaba era que, incluso así, ella seguía siendo para él su *lyubovnitsa*, su amada.

Yuri cerró el abrigo en torno a su cuerpo y salió renqueando hacia la carretera.

El frío lo atenazaba, pero no era tanto el que reinaba en el exterior como el frío de la fiebre que estaba desarrollando gracias a la herida agangrenada.

“Piloto”, pensó, “alguna vez he sido un piloto de guerra”. La idea lo reconfortaba. Aún si no fuera cierto, al menos era algo; una identidad que tejer en torno a su mente vapuleada y afiebrada. Miró el cielo encapotado, gris, opresivo, y volvió a pensar para sí mismo —para él, no para ella—, “Alguna vez he volado. Alguna vez he estado allí arriba”.

Pero no había nada secreto para ella:

—Y ahora morirás aquí abajo si no te apresuras —dijo en su cabeza, con esa voz descarnada, cruel y, a pesar de todo, hermosa.

Yuri suspiró, concediéndole tácitamente la razón, y aceleró el paso.

De día —si es que podía llamarse día a ese manojito de horas mortecinas—, la casa parecía abandonada, un sitio en ruinas. El maizal se extendía, seco en su mayor parte, hasta la ruta. La sensación de tristeza y soledad era absoluta.

Mientras desandaba el camino que había seguido aquella noche —pero, ¿cuál noche?, ¿cuándo? ¿Cuánto tiempo había transcurrido?—, encontró el cadáver de uno de los perros. Estaba retorcido de un modo chocante; como si fuera el espacio mismo que ocupaba el cuerpo

del animal el que se hubiera contorsionado, y no el propio perro.

Tenía un ojo en el lomo y parte de la quijada en una pata trasera, y ambos surgían de su pelaje como si siempre hubiesen estado allí. Al mirar un poco más, vio que toda la anatomía del animal estaba equivocada, trastocada. Era inhumano. No sólo había partes en sitios erróneos, sino órganos externados. El animal parecía el resultado del juego de un loco.

—¿Ves eso? Míralo bien. Así terminaremos todos si no te apresuras.

La voz de ella, el perro deformado, el ambiente opresivo, el dolor insoportable, todo lo empujó hacia afuera, lejos de ese sitio más muerto que la propia muerte.

La pierna lo estaba matando, literalmente, pero él trató de ignorarla o, mejor aún, de usar ese dolor como una forma de acicate.

Antes de salir de la casa había visto cómo la carne muerta se extendía ya por su muslo. Entonces pensó en el perro. ¿Eso le pasaría a él? ¿Eso le estaba pasando ya? ¿Qué sucedería si tan sólo se la amputaba?

—No pienses, ¡camina!

La voz era una orden. La voz era su única salvación.

Los sonidos del maizal habían desaparecido con la noche, pero el silencio era espeso y pegajoso. Sus propios pasos en la grava, la pisada y el arrastre, eran como una música siniestra en su cabeza, y la fiebre lo amplificaba todo.

Estaba mareado. Por un momento no supo hacia dónde estaba yendo. Tal vez había girado. No se veían nada más que plantas a su alrededor. El camino y la casa se hallaban ocultos por el sembradío. Y arriba no había sol, sólo un manto monótono y gris que parecía cada vez más bajo. Giró sobre sí mismo, se desorientó completamente y cayó al piso.

La grava contra su mejilla se sentía fría y real. Cerró los ojos, ¿para qué seguir? Ya no había más esperanzas.

—Escúchame, Yuri. Escúchame a mí. Yo sé lo que es mejor para nosotros, ¿no? Recuérdame. Recuerda cómo me viste en tus sueños. Sabes que no te haría daño, ¿verdad?

Ella.

Siempre ella.

Yuri se aferró a la grava suelta e intentó ponerse de pie una, dos, tres veces. Cayó de espaldas. El cielo era tan homogéneo que bien podría haber estado viendo una pared.

“Escúchame”, susurró ella en el pensamiento de su pensamiento.

Y el susurro fue una ráfaga de viento suave.

Y el viento trajo un sonido, el de un automóvil a la distancia.

Algo se encendió en lo profundo de Yuri, como la luz al fondo de la caja de Pandora.

Extrayendo fuerzas no supo de dónde, comenzó a arrastrarse, luego a gatear y, finalmente, a caminar cojeando hacia la ruta.

Cuando llegó a la línea del pavimento las cosas eran difusas, visiones a través de un cristal empañado.

Sintió la frenada como si proviniese de un sitio muy lejano. Un sonido empastado y sordo que rebotaba en su cabeza.

—¿Está loco? —la voz era grave y, a pesar de eso, chillona— ¿Cómo se va a cruzar así?

Yuri miró en dirección de la voz. La figura delante de él era un manojo de líneas inconexas. Un halo color gris la coronaba. Y en el halo había una ranura que se movía, y dos manchones oscuros encima.

—¿Le pasa algo? ¡Oiga! ¿Necesita ayuda?

La voz saturada de colores borrosos seguía acercándosele. Una mano se posó en su hombro. Yuri no tuvo siquiera fuerzas para sacársela de encima, pero lo intentó. Trastabilló, dio un par de pasos, y acabó con las manos sobre algo metálico, vibrante y caliente. Captó su sonido con sus huesos más que con sus oídos; un ronroneo mecánico que precedió a la desaparición de su grotesco y borroso mundo.

La música. Eso fue lo primero que percibió.

Era triste y melancólica, y era bellísima. Lenta. Un piano desmigajándose en un sentimiento que era el mismo que él tenía. Casi como dándose por vencido. Un suspiro que arrastraba a otro.

Luego fue el vibrar de un vehículo, y el calor seco propio de un aire acondicionado.

Intentó enderezar la cabeza, algo aprisionaba su pecho y su hombro derecho.

Miró en esa dirección. Había una línea de colores fluctuantes tras el vidrio, principalmente grises y verdes lúgubres. Más allá de esos manchones emergía, cada tanto, una intensa luz dorado-rojiza que le hería los ojos pero que, al mismo tiempo, le daba un poco de esperanzas. Aunque él no sabía bien cuál era la razón.

“Estamos yendo al sur”, dijo algo en su cabeza, utilizando un suave tono perentorio. Por un brevísimo instante, Yuri creyó saber a quién pertenecía. Luego el embotamiento lo venció.

Las manchas eran tristes y hermosas. Como la música. Como alguien a quien no podía recordar.

Otra voz, mucho más sonora y mucho más grave, lo sorprendió... y tal vez no:

—¡Hola! ¿Ya está despierto? ¿Recuerda cómo se llama? Escuche, ¿hay alguien a quien quiera que le avise? Quédese tranquilo que lo estoy llevando a un hospital.

El hombre lanzaba una pregunta tras otra. Yuri ya no recordaba la primera.

—La música —susurró. Tenía la boca reseca y la poca saliva espesa.

—¿Qué?

La voz grave parecía gritar en su oído izquierdo.

—La música... —repitió Yuri agotado.

—¿Le molesta? ¿Quiere que la saque? Perdóneme que se lo diga, pero usted no se ve muy bien, señor.

Yuri alcanzó a susurrar como en una tibia imitación de grito:

—¡No! ¡Por favor! Déjela. Déjemela.

—Tranquilo, tranquilo. Sí, lo voy a hacer —la voz sonaba menos alarmada. Luego agregó en un murmullo— Claro que *te* la voy a dejar.

“Tal vez temía que estuviera muriendo”, pensó Yuri. ¿Lo pensó él? ¿O lo pensó ella?

Ella.

—¿Le gusta Satie? —otra vez la voz grave. Yuri miró a su izquierda. Poco a poco enfocó la vista. El calor del automóvil era reconfortante, así como el andar rápido y sin sobresaltos.

Al principio, era solamente una columna de cenizas. Luego era un hombre de edad imprecisa y piel gris —pero no un gris determinado, sino un tono fluctuante; algo que la vista no podía fijar: ora plomizo, ora pardo, ora perla, ora plata ajada—. Entonces tuvo miedo. Mucho miedo.

Y adentro de Yuri, alguien más estaba aterrada; y su pánico era mucho mayor que el suyo.

—¿No conoce a Erik Satie? Creí que sí. Mientras dormía se la pasó murmurando “lika” o “liki”, o algo que a mí me sonó a “Biqui” —el hombre lo miró a los ojos, y los suyos eran dos lagunas de brillantes aguas negras y espesas, rebosantes, quietas—. Hum, bueno, parece que no. Qué raro. Coincidencias, ¿no? Como que yo casi lo atropellara con el auto —el piano seguía adelante. El hombre tarareó parte de la música, al unísono con el instrumento, y a Yuri se le encogió el alma. Algo lloró dentro su mente; algo femenino, hermoso y cruel—. “Iniciados”. Así se llama esta obra. Gócela.

Y subió el volumen.

Yuri volvió a mirar por la ventanilla. El cristal estaba empañado por su aliento, pero eso hacía que las manchas fueran más hermosas y tristes, y que el sol poniente fuese aún más melancólico.

—¿Sabes?, Sasha me habló mucho de ti —la voz grave era hipnótica.

A Yuri ese nombre le daba más escalofríos que la fiebre, aunque no sabía bien por qué. En su mente algo se retorció con rabia ante su sola mención. Sin embargo, Yuri seguía como en el fondo de un pozo blando; todo le parecía familiar, pero todo estaba un paso más allá de su comprensión.

—Sí —dijo el hombre de cenizas. Parecía hablar más consigo mismo que con Yuri—, eres de veras un hombre fascinante. Y tienes razón, ¿sabes?: piloto de guerra. Un héroe o algo así. Bajaste unos cuantos Bf 109. ¿Y qué has hecho desde entonces? ¡Nada! Bah, nada importante. ¡Todos estos años regalados, tirados! Y, ¿por qué? Por *ella*.

“Ella” sonó a escupitajo. El hombre de cenizas meneó la cabeza. No tenía cabello, sólo una lisa superficie por la que pululaban figuras sombrías, como si la piel de su cráneo fuera transparente y una miríada de sombras se movieran constantemente bajo ella, o como si fuera una superficie pulida de metal que reflejara seres de humo.

—Pero lo entiendo, sí. No creas que no lo entiendo...

El hombre volvió a subir el volumen y el piano pareció corporizarse en la cabina del deportivo inglés en el que iban. Madera negra y cuero color caramelo lo rodeaban. Algo muy elegante.

Yuri vio que su interlocutor vestía igual de refinado: un traje italiano gris oscuro, una camisa casi blanca, una corbata lisa, del tono amarillo más sutil que jamás hubiese visto y, al mismo tiempo, el más alejado del blanco que recordara.

Las manos iban tocando las teclas correctas, las mismas que hubieran tocado si estuviese frente a un piano y no alrededor del cuero del volante. Unas manos que cambiaban de tono de gris constantemente.

Los anillos de azabache, jaspe y ópalo, refulgían en sus monturas de plata.

—Sí, “Iniciados”... *Iniciados*...

Y volvió a tararear la música que a Yuri ahora se le antojaba mucho más misteriosa y oscura, casi ominosa.

Entonces se interrumpió y apagó el reproductor de golpe:

—Sí, tienes razón —dijo mientras le pegaba un golpe al volante—. ¿Cómo se me va a ocurrir Satie? Cuando tu pareces la personificación misma de un blues. Un blues ruso —dijo, y luego soltó una carcajada que sacó a Yuri de su embotamiento más rápidamente de lo que lo hubiese hecho cualquier droga.

—No me des las gracias —dijo el hombre de cenizas como al pasar—. En serio, no lo

hagas. No tienes ni la menor idea de lo que tengo preparado para ti. Pero te necesito entero, ¿sabes? Entero y caminando...

Yuri bajó la vista mientras un cantante de voz dorada declaraba que “probablemente fuera él”. Se abrió el abrigo sucio y levantó el borde de la pata derecha de sus pantalones manchados. La pierna estaba completamente sana.

Entonces la notó. Ella estaba en silencio. Escondida.

Por un instante pensó en delatarla y después recordó al perro. Un horror espantoso se cernió en su mente al imaginar a esa bellísima aparición de sus sueños trastocada de aquel repugnante modo. Sin dilaciones, cerró su mente como una cortina de fuego en torno a ella; sabía cómo hacerlo, no era la primera vez que lo ponía en práctica. Además, se notaba que había estado haciéndolo de forma inconsciente desde el momento en que subió al auto; porque era obvio que nadie había logrado acceder a ella todavía.

¡Bien, estaba segura! Y ese pensamiento lo reconfortó. Se sintió un estúpido por eso, pero no pudo evitarlo. Debía proteger a su *pozhirayushchiy*, a su *lyubovnitsa*. Si no, ¿qué?

—...No es nada personal —completó el hombre ceniciento, mascullando para sí mismo.

La mente de Yuri estaba al fin de nuevo en este mundo.

—Vamos a dónde está André, supongo.

El hombre gris lo miró de nuevo. Esta vez las superficies absolutamente negras de sus ojos brillaron más intensamente, y el alquitrán del que parecían estar hechos se salió un poco de los límites de sus órbitas antes de responderle:

—Por supuesto, muchacho. Por supuesto.

No supo cómo lo sabía, pero Yuri estaba seguro que ese hombre era el Señor de La Lluvia. Y el vislumbre de aquella revelación era de una magnitud tan inconmensurable, que se sentía como intentar comprender el vacío de tan sólo observarlo a través de una grieta.

Como si hubiera leído su pensamiento, el elegante caballero sonrió de lado. Unos dientes aserrados, idénticos a los de los tiburones y del color de la plata bruñida, relucieron por un instante. La piel, notó Yuri, era como polvo compactado, un cúmulo de cenizas constantemente cambiante. Algo se agitó en la superficie de su cráneo, o tal vez justo debajo. Yuri miró hacia el frente, a la ruta.

—¿Y qué te dijo *ella* de todo esto? —el hombre colocó de nuevo “Iniciados”, de Satie.

Cada vez que se refería a su pequeña *lyubovnitsa* así, indirecta y ponzoñosamente, era como una puñalada en su cabeza. Tal vez esas referencias, esas palabras, constituían ataques de algún tipo. Sin embargo, el muro de fuego resistía.

—Nada —dijo cortante Yuri.

Una risa seca llenó de humo el interior del automóvil. O quizás fuera la imaginación de Yuri. Cuando el aire estuvo limpio, el hombre estiró su mano derecha hacia él y dijo casi con alegría:

—Me llamo Boris. Encantado.

Yuri le dio la mano, tenía que demostrarle que no le tenía miedo. Y tenía que ser convincente con esa mentira.

—Yuri... —hubiera deseado poder adjuntar un apellido a ese nombre.

—Lo sé.

Boris empezó a tararear la música. Aquello era lúgubre, verdaderamente lúgubre.

—Una sola mujer, pobre hombre. Y encima ella lo deja a los seis meses de conocerla. Una pintora, creo. Lástima. Pero él quedó marcado, ¿sabes? Escucha, escucha bien.

El sonido de la música no se hizo más fuerte, sino más claro, más *real*. Boris tarareó de nuevo y parecía como si estuvieran en una sala de conciertos sólo ellos tres: el pianista, tal vez el propio Satie, el Señor de la Lluvia y él. La música lo llevaba y Yuri recordó el sueño, el sueño magnífico con el que la había conocido...

...Mira hacia arriba, y la ve entre las vigas del techo. Es una fosforescencia blanquecina, que vira al verde y al dorado.

Ha sido un día terrible, las camas vacías a su alrededor atestiguan el resultado del combate. Yuri se siente confundido, cansado y terriblemente solo. Está acostado en un jergón duro que huele a moho. Apenas si se escucha la respiración acompasada de un camarada que duerme varias camas más allá, y los suaves quejidos de Vladimir, acostado junto al pasillo de la enfermería, aguardando su turno.

Al principio, piensa que lo que ve allí arriba es sólo una imagen residual de las explosiones que se niegan a dejarlo, o una especie de alucinación que genera su mente exhausta. Pero, de pronto, esa luminiscencia se licúa y cae sobre Yuri.

Es como una lluvia tibia, como girones de una luz blanca y láctea derramándose encima de su cuerpo. Sin embargo, poco a poco, el líquido comienza a unificarse sobre su piel hasta formarla: una mujer de leche y nieve hecha a su medida.

Largos cabellos perfectamente dorados, como metal reluciente y cálido, se posan dulcemente en la cara y el cuello de Yuri. Él baja la mirada hacia su torso, donde la cabeza de ella reposa tranquila, y no puede evitar suspirar. Es una muchacha muy joven, perfecta, demasiado perfecta. Su piel, perpetuamente húmeda y casi translúcida en su palidez, se ajusta a la perfección con el cuerpo de Yuri. Está desnuda y murmura una canción.

Cuando él suspira, ella alza la cabeza y lo mira. Tiene los ojos como de fuego verde. Yuri estira una mano y comienza a acariciar sus cabellos mientras susurra:

—Eres una *rusalka*, ¿no es así?

Ella sonrío y vuelve a canturrear. ¡Claro que lo es!

Yuri jamás ha creído en los viejos cuentos de su aldea, esos que su abuela le contaba durante las lentas tardes de otoño; pero aquí está la muchacha sobre él: ninfa, súcubo, espíritu demoníaco o lo que sea.

Sabe bien cuál es el fatídico precio por yacer con una *rusalka*, y aún así comienza a quitarse la camisa y los pantalones con los que se tiró sobre el camastro.

Ella ríe sutilmente mientras él maniobra con la ropa que trae puesta, y la mente de Yuri se nubla por completo al oír eso que parece viento corriendo entre hojas secas.

Las manos y el pelo húmedo de la muchacha juegan con Yuri. Él no puede contenerse y la abraza con pasión. Ella se acomoda perfectamente a su cuerpo.

—Sé que las *rusalki* no pueden decir su nombre, pero si he de entregarte mi vida, por lo menos déjame irme con tu nombre entre los labios.

La chica, húmeda y dulce, lo vuelve a mirar a los ojos con sus ascuas verdes. Parece luchar consigo misma. Finalmente, se estira sobre el pecho de Yuri, acerca su dedo a la tosca mesita de noche que hay junto al camastro, y escribe sobre el denso polvo que la tapiza: “Velika”

—¡Velika!—dice Yuri con un susurro— Entonces, tengo tu nombre...

Ella lo mira intrigada, luego procede a deshacerse literalmente en besos y caricias y roces, como si toda ella estuviese hecha de bocas y manos lechosas que se arrastran por cada centímetro del cuerpo del piloto, complaciendo a la perfección cada fantasía oculta, cada deseo inconfesado.

Yuri no recordaba mucho de las antiguas historias, pero sí aquella precaución que los viejos de la aldea le habían comentado, entre risas y pitadas de sus pipas; allá lejos, cuando él era apenas un niño y aún no podía comprender su significado: “Para ser el amante de una *rusalka* sin que ésta te dañe, debes poseer su nombre”.

Yuri sonríe, Velika es como un sueño perfecto, en realidad es un sueño *demasiado* perfecto. Podría jurar que no sólo es placer lo que siente, sino que incluso es amor. Y mientras llega inhumanamente a un clímax detrás de otro, y otro, y otro más; una sombra de aflicción se cuela por entre los sucesivos ápices de sublime gozo: aún con el salvoconducto del nombre, nada tan perfecto puede ser gratuito...

—Sasha tenía razón; eres peligroso —la voz grave lo trajo de nuevo a la realidad—. Pero ya no hay remedio, ya no podemos hacer nada.

Yuri aún tenía la respiración acelerada y el pulso enloquecido. Una capa de sudor cubría su frente y sentía una erección casi dolorosa. El concierto seguía en los mismos compases que recordaba, ¿no había pasado ni un segundo o había empezado de nuevo? Lo cierto es que el recuerdo revivido le había proporcionado una fuerza que jamás creyó poseer. Ni siquiera aquella vez.

Para cuando Iván se cruzó en el camino, Yuri ya estaba listo.

Fue como una sombra clara y rauda. Pareció salir de la nada y formarse súbitamente en medio de la carretera. La luz del sol de la tarde iluminaba horizontalmente la figura delgada y alta. Los cabellos rubios refulgían como un fuego dorado-rojizo. La piel estaba tiznada de un tono más oscuro que la herrumbre.

Boris giró el volante en el instante en que Iván hundía su enorme cuchillo en el capot, y el tiempo pareció detenerse mientras el auto volaba y giraba sobre sí mismo una, dos, tres, cuatro veces y media.

Los oídos le zumbaban a Yuri cuando alguien abrió la puerta de su lado, tajeó el airbag y cortó el cinturón de seguridad con una daga brillante, para luego sacarlo del interior del vehículo antes de que su cabeza golpeará el techo invertido del automóvil.

—Te dije que te asistiría de ser necesario —dijo Iván mientras lo arrastraba lejos del auto, sujetándolo por debajo de los hombros.

“No me habla a mí, en realidad”, pensó Yuri. “Le habla a *ella*...”

Y volvió a susurrar “Velika” en sus pensamientos, luego de lo que le parecía una eternidad sin hacerlo. En ese instante algo se movió en el fondo de su mente. Algo que estaba enfurecido pero también complacido.

Iván sentó a Yuri contra un poste de luz, al costado del camino, se acuclilló frente a él y miró al fondo de sus ojos. Indudablemente estaba buscando a quien se ocultaba detrás de ellos.

—He abierto, cortado y matado; y he seguido haciéndolo tantas veces como pude. Me he bañado en rojo, y tú sabes que lo he hecho sólo por ti, mi señora de las aguas etéreas.

Yuri pudo ver que el joven estaba cubierto de una pátina marrón-rojiza. Su cara, sus

manos, incluso su ropa exhibían ese color. El olor que despedía era ferroso y algo dulzón. ¿Sangre? Pero no era la suya, evidentemente, porque hacía mucho que estaba seca y con semejante sangría no hubiese sobrevivido.

—Lo he hecho por ti... lo he hecho por ti... por ti... por ti... por ti...

Iván seguía repitiendo aquella letanía mientras se abrazaba a sí mismo y se mecía hacia atrás y adelante.

—Lo sé —respondió Yuri.

Pero no era Yuri.

Pudo sentir cómo las palabras salían de su boca sin que él lo deseara, sin que siquiera las articulara conscientemente. ¿Ella estaba otra vez intentando controlarlo? No lo parecía. Sin embargo, ahí estaba su terrible *pozhirayushchiy* hablándole a ese muchacho a través suyo.

Iván miró los ojos de Yuri nuevamente, enfervorizado con la respuesta. Un fuego oscuro, que el propio Yuri conocía muy bien, ardía en lo que sea que el muchacho tenía ahora por alma. Entonces Iván sujetó la cara de Yuri entre sus manos y lo besó en la boca con pasión.

Mientras lo besaba, Yuri sólo podía sentir celos. Unos celos horribles y retorcidos que se enroscaban y desenroscaban en sus entrañas: Iván la estaba besando a *ella*. Y lo hacía en su propia boca.

Reuniendo todas las fuerzas que tenía, Yuri empujó a Iván hacia atrás, sacándoselo de encima. El joven cayó de espaldas y se puso de pie de un solo salto. Yuri ya lo estaba esperando con los puños listos.

Iván rió como un poseso, como lo que era, y le gritó:

—Tú, pequeña basura humana, carroña que respira. ¡Tú no eres nada! Eres indigno de albergarla en tu insípida mente. ¡Por tu culpa ella está así, a medio camino entre el ser y el no ser! Y aunque ella diga que eso es lo que conviene, yo sé que te desprecia.

Yuri sintió la furia crecer dentro de sí y replicó en el mismo tono:

—¡Ella me ama!

—Ella te usa —siseó Iván con una media sonrisa de triunfo.

Yuri sabía que eso era verdad. Lo sabía bien. Pero también era mentira, tenía que serlo. Entonces, movido por los celos, el rencor o ese remedo de amor malsano que lo consumía, hizo lo que se suponía que no tenía que hacer, y gritó a voz en cuello:

—Sin embargo tú la llamas “señora”, mientras que yo poseo su verdadero nombre.

Iván retrocedió un par de pasos. Los ojos desorbitados y clavados en él, brillaban claros como agua en medio de su faz teñida de sangre reseca. Se tambaleó como si le hubiesen asestado un golpe, luego ladeó la cabeza, escuchando algo inaudible para Yuri, y finalmente cayó de rodillas. Entonces susurró:

—¡No es posible!

La voz, grave y siniestra, resonó desde el metal retorcido que había sido el deportivo:

—¡Perra estúpida!

Yuri sintió dentro de su mente un grito que lo arrojó al suelo, un grito que lo ensordecía y frente al cual nada podía hacer. Y el grito sólo contenía una sílaba que se repetía como un eco dolido: “No”.

El color del cielo se quebró en millones de pedazos en un instante, desvaneciéndose detrás de los cúmulos negros que se amontonaban sobre sus cabezas. La noche lo ocupó inmediatamente todo, y el horizonte no era ahora más que un telón renegrido que llenaba el

espacio entre la tierra, el cielo y ellos.

Yuri vio el metal del auto abrirse en pedazos, como si fuera apenas un cascarón de papel del que Boris se liberaba para avanzar.

—¡Maldita y sucia víbora! Al parecer aún tenías a otro de tus pequeños lacayos suelto por ahí —el tono desgarrado de la voz del Señor de la Lluvia parecía ir menguando a cada paso que daba, acercándose. Como si estuviera lidiando con unos niños traviesos que no sabían lo que hacían y tratara de calmarse para no castigarlos. Las últimas palabras iban ya en caída, tomando el color ominoso y sereno que tenían cuando estaba en el coche.

Una pequeña, casi imperceptible gota de sangre negra pareció iluminar la comisura de sus labios por un momento.

“Sangra”, pensó Yuri. Pero inmediatamente la voz desesperada de su amada volvió a ocupar todos los espacios de su mente.

Debía huir. Debía sobrevivir. Tanto más por ella que por él mismo.

Boris se relamió los labios y los dientes con su lengua, como si degustara el miedo que provocaba en cada uno de ellos.

—Han arruinado mi traje italiano con sus estúpidos juegos —dijo, deteniéndose a varios metros, mientras se sacudía el polvo del saco y los pantalones con un par de movimientos rápidos—. Y mi coche —agregó suspirando profundo—, no nos olvidemos del coche. Ya no los hacen así, ¿saben?

Se pasó lentamente la mano por la cabeza. Y ante ese gesto, las figuras sombrías que se guarecían en la piel de su cráneo vibraron marcadamente, como si agitara las aguas de un estanque repleto de peces negros.

—Realmente no los entiendo —continuó, mientras desanudaba la corbata amarilla, ahora completamente arruinada y llena de tajos—. Se supone que todos vamos hacia el mismo lugar, ¿no es cierto? De veras creí que podríamos hacer parte del viaje juntos, charlando, escuchando música, como gente adulta —arrojó los restos de su corbata al suelo y se abrió la camisa por completo, dejando su torso desnudo al aire—... pero por lo visto nada de eso va a ser posible.

Un eclipse de luna iluminaba su pecho.

Un ojo oscuro. Trémulo. Vivo.

Un corazón lóbrego e insondable del lado incorrecto del tórax, palpitando como una colmena en ebullición. Abriéndose en tentáculos sobre su piel ceniza, en manchones vibrantes con conciencia propia que iban marcando un dibujo, tejiendo una telaraña sobre el óleo de su cuerpo. Porque aquello ya no era más que el manto sobre el cual se manifestaba, ya no había piel, si no apenas polvo de estrellas desperdigado por sobre la nada negra.

Boris levantó su brazo lentamente y de sus dedos gotearon lágrimas de brea negra que cayeron al suelo.

La oscuridad se cerró alrededor de ellos, y el agua comenzó a descender del cielo en una tormenta que pasó de no ser a ser en tan sólo un suspiro del viento.

E inmediatamente fueron rodeados por las sombras sin forma.

La suave y corta risa de Boris llenó el pequeño espacio que los separaba.

Él era la noche. El señor de la Lluvia. Y su brazo inmenso, negro e infinito, les apuntaba a ellos.

Y no había nada que Yuri pudiera hacer al respecto.

—Cuando yo lo diga, corre. Dirígete hacia el noreste —la voz de Iván a su lado le hizo recordar que no estaba solo. Y su amada dejó de punzar en su mente por un instante al escuchar lo que decía.

—No sé cuánto lograré abrir para crear una salida —continuó—. No soy Lenmar. Pero seré tu perro, mi señora —sonaba extrañamente seguro de sí mismo, frío y calmado, casi totalmente antagónico al tono psicótico con el que se había estado manejando hasta hacía unos instantes.

Yuri sintió un rencor inconmensurable por aquel demonio recubierto en sangre seca. Lo maldijo con toda su alma, mientras la esencia que cargaba con él, su amada, lo obligaba a asentir y a escuchar.

Se sintió débil y humano. Y lo odió aún más por ello.

—Yo iré delante, pero cuando comience a desfallecer deberás *emerger*, mi señora. Deberás tomar control. Tu cascarón no podrá hacerlo por ti.

»Toma, te será útil —dijo, extendiendo hacia Yuri un enorme cuchillo de filo curvado que llevaba en su espalda—. Lo tomé prestado de Irina... yo prefiero mis manos.

Luego de decir esto, Iván flexionó los dedos varias veces, tras lo cual sus puntas comenzaron a crecer en longitud y en filo. Trazó velozmente un círculo alrededor de ellos con sus manos. E introdujo sus brazos en la tierra.

Yuri no podía entender del todo lo que estaba haciendo, pero se daba cuenta de que gracias a ello las sombras sin forma del Señor de la Lluvia no podían alcanzarlos.

La tierra dentro del círculo comenzó a secarse y a agrietarse, aún a pesar de la lluvia, como si Iván estuviera absorbiendo cada gota de agua y vida que hubiese allí. Cuando las sacó, sus manos y antebrazos estaban recubiertos de un color terroso, y la sangre que otrora las bañara ahora parecía formar un dibujo de símbolos arcanos en líneas carmesí, revistiéndolos casi completamente. Sus ojos y pupilas se habían teñido de la misma tonalidad de las sombras que los rodeaban, pero el contraste con el rubio fulgente de sus cabellos parecía otorgarles un brillo totalmente inadecuado, como pequeñísimas motas de polvo dorado.

Tomó firmemente el brazo con el que Yuri sostenía el cuchillo de filo curvado y pasó, sin dudar un momento, la hoja cortante sobre la palma de su mano derecha, bañándola con su propia sangre.

—Esto debería ayudarla también, mi señora.

“El bastardo de veras la ama”, pensó Yuri. “A su manera, completamente enferma y retorcida, pero de veras la ama.”

Y entonces Iván lo miró a los ojos una última vez, como buscando la voz de su amada.

Lo tomó violentamente de los cabellos y lo acercó de nuevo a sus labios.

Fue un beso frío y rápido. Un beso de despedida.

—Cuídala —dijo, sin soltar aún su cabeza. Y Yuri ya no estuvo seguro de si aquel último beso fue para ella o para él. La amenaza estaba implícita, pero había algo más en aquellas palabras: ¿Celos? ¿Rencor? ¿Algún tipo de esperanza?, ¿de redención? Quizás esperara que compartiera *su* nombre con él. Pero no podía hacerlo. Nunca. Ni siquiera ante las puertas del infierno. Era suya, su *lyubovnitsa*, su *pozhirayushchiy*. Suya y de nadie más—. ¡Ahora! —musitó de repente Iván, casi sin decir la palabra, apenas modulándola en sus labios.

El círculo que los protegía se deshizo en el momento en que Iván desdibujó la línea en la tierra con sus pies, al pasar corriendo hacia el lado opuesto a donde Boris se encontraba; antes

de que la noche, con su peso negro, se cerrara definitivamente sobre ellos. Yuri lo seguía tan cerca como podía, balanceando el cuchillo de filo curvo de un lado a otro, mientras Iván iba abriendo camino con sus garras, a través de las sombras. El sonido de su risa frenética, aguda y penetrante, se elevaba por sobre todo lo que había alrededor. Un trastornado canto de amor para su señora, su dama del agua. “*Abre, corta, mata y sigue*”, lo escuchaba recitar Yuri, mientras destazaba e inventaba una salida con sus manos terrosas cubiertas de sangre: “*abre, corta, mata y sigue. Abre, corta, mata y sigue*”.

Y fue lo último que escuchó Yuri, antes de desvanecerse en la voluntad de su amada.

—Se los dije —canturreó la vocecita infantil—. Les dije que era peligrosa. Les dije que ella y su anomalía nos traerían problemas.

Cuando Yuri abrió los ojos, Sasha estaba agachado a su lado, dándole golpecitos en el cuerpo con la punta de una ramita, como si fuera una alimaña de la que no se sabe si está viva o muerta.

Y así se sentía Yuri, ni vivo ni muerto. Su cabeza estaba tan embotada que apenas si podía entender lo que sucedía.

Se movió un poco, en el suelo de piedras frías. Sasha retrocedió con una mueca de asco; caminó hasta ubicarse junto a Lenmar, quien estaba sentado en una saliente de roca, y lo tomó de la mano.

Irina y Sebastian estaban apoyados contra un lateral, mirándolo con atención. Las paredes del lugar eran oscuras y húmedas, tiznadas con los cientos de amarillos, rojizos y negros de la humedad y los hongos. Algo se sentía gotear a lo lejos. Poco a poco se fue dando cuenta que estaba en el centro de algún tipo de círculo hecho de piedras antiguas, en parte erguidas, en parte volcadas. Un crómlech.

Siguió observando a su alrededor y divisó a Iván un poco más lejos. Tenía los brazos alrededor del cuerpo, abrazándose a sí mismo, y se mecía a izquierda y derecha mientras se restregaba la frente contra una de las enormes piedras que componían el círculo. Ahora sí había una franja de sangre fresca corriéndole por sobre la nariz y la boca. Repetía algo una y otra vez, pero lo hacía en voz tan baja que Yuri no pudo entenderlo.

Lenmar se soltó sin miramientos de la mano que Sasha le apretaba y se le acercó. Lo miraba con recelo, pero sin el asco que los demás parecían tenerle. Era evidente que todavía pensaba que el humano era valioso por sí mismo.

—Los encontramos muy cerca de aquí. Cargabas con él —dijo, señalando con la cabeza a Iván—. O lo que queda de él; arrastrándolo. Pareciera que tuvieron un encuentro con... —buscó por un segundo muy largo el término correcto en su cabeza— Boris —dijo finalmente. Como si el referirse a él como “El Señor de la Lluvia” lo molestara sobremanera—. Pero no importa. Lo primordial es que llegaron a tiempo. Las cartas están definitivamente colocadas —agregó con solemnidad—. Ya es hora.

Yuri miró entonces alrededor y se dio cuenta de que estaba sobre una especie de altar de piedra. En torno suyo había una miríada de cartas colocadas en una sucesión de extrañas posiciones. André aún estaba colocando las últimas, mientras giraba parsimoniosamente a su alrededor.

Intentó levantarse, pero aún no podía controlar completamente su cuerpo. A excepción de

la cabeza, era todo peso muerto. Podría no tener las piernas o alguno de sus brazos y no notaría la diferencia.

Tampoco podía hablar. Era una marioneta rota, tirada en el suelo y con los hilos cortados.

Las escasas veces anteriores en las que su amada tuvo que *emerger* para imponer su voluntad, habían terminado de forma algo similar. Pero nunca a estos extremos. ¿Hasta dónde habría tenido que empujar los límites de su cuerpo esta vez, su *lyubovnitsa*?

Cuando volvió a observar lo que estaba haciendo André, notó que el altar en el que estaba, se encontraba sobre un promontorio de tierra negra, que lo elevaba cerca de dos metros del nivel del suelo. La posición y la parálisis casi total de sus músculos no le permitían percibir del todo lo que sucedía alrededor suyo, pero sí notó cuando André dio por concluida la ubicación de las cartas en el suelo. Ninguna de ellas parecía tocar la tierra negra, sino que flotaban a varios centímetros sobre el nivel del piso, y rodeaban el promontorio en un dibujo de letras similar al lenguaje que se había formado en los brazos de Iván.

La figura de André se estiró entonces, por primera vez, en toda su longitud.

Jamás había tenido la oportunidad de verlo de frente, pero ahora que por fin lo observaba con atención, Yuri pensó que su apariencia era incluso más atemorizante que la del mismo Lenmar. Medía cerca de dos metros de alto, pero sus brazos y manos eran notablemente más pequeños y delicados que el resto de su cuerpo. Aunque así y todo parecían capaces de partir a un hombre por la mitad, también se veían ligeramente desproporcionados. En conjunto, era como si ninguna de sus extremidades superiores le perteneciera y solamente las utilizaba para el propósito específico de manipular las cartas, los arcanos mayores y las fichas con runas. Lo mismo pasaba con sus ojos, uno era completamente negro y el otro de un blanco marfil lechoso. Ambos estaban rodeados de venas verdes y renegridas, algunas de las cuales se extendían hasta el cenit de su calva.

Pero lo más aterrador de aquel rostro era su boca... simplemente por que no estaba. En su lugar había un espacio vacío mal borroneado, tapado con piel muerta y podrida, capa sobre capa, como un parche cuarteado y deficientemente cosido.

Por eso se sorprendió tanto al escuchar la voz en su cabeza.

Inmediatamente supo que no era su amada. Aquella era otra voz.

Ésta era una nueva, que no le hablaba sólo a él, si no a todos los presentes. Lo supo por las reacciones en cada uno de ellos. Tanto Sasha, como Irina y Sebastian voltearon hacía André con aversión, Iván dejó de abrazarse a sí mismo y se tomó la cabeza con ambas manos, intentando refugiarse, mientras se golpeaba contra más fuerza con la enorme piedra que tenía delante. Lenmar, por su parte, no se inmutó, pero se dispuso a prestar atención a lo que decía.

La voz de André era invasiva y penetrante, como un punzón que rascase el cerebro a través de los oídos. Y, sin embargo, no salía de su boca. No salía de ningún lado, simplemente entraba y se proyectaba en las paredes interiores de la cabeza como un animal con rabia, marcando a fuego la herida de una sola palabra: *almas*.

—Ya lo oíste, Sasha —dijo entonces Lenmar—. Es tu turno.

Sasha avanzó tranquilamente, con su andar felino, hacia el promontorio de tierra.

Al verlo acercarse, Yuri recordó su último encuentro con él en el bar y la charla que tuvo con Boris. En el juego de intereses y lealtades, Sasha era el más peligroso de todos; pero, ¿cuánto serviría decirle a Lenmar que su mascota favorita jugaba en ambas puntas? Era posible incluso que éste ya lo supiera. No parecía tan fácil ocultarle ese tipo de cosas a

alguien como él. Pero el niño íncubo era impredecible en todo, excepto en una cosa, y eso era que deseaba verlo muerto a él y a su amada.

Ante la cercanía de su presencia, Yuri realizó un esfuerzo sobrehumano para intentar seguir con atención todo lo que hacía. Un profundo dolor recorrió su torso y su columna, pero al menos comenzaba a sentir algunas partes de su cuerpo nuevamente.

Cuando finalmente logró moverse y acomodarse en una posición más alta, casi sentado, Sasha ya se encontraba bajo el promontorio.

Yuri pudo notar como éste ponía especial cuidado en no tocar la tierra que lo rodeaba, como si temiera desacomodar algo del trabajo de André y a las consecuencias de ello.

Sasha se acuclilló junto a lo que parecía ser una vela negra, de no más de veinte centímetros de alto. Un escalofrío recorrió la espalda de Yuri al distinguir lo que la mantenía erguida en el suelo: alrededor de aquel tubo de cera azabache, se veían los dedos tiosos de una mano semienterrada.

El dolor que recorría la parte superior de su cuerpo era prácticamente intolerable, y sentía que sí seguía forzando el control sobre el mismo terminaría por desvanecerse nuevamente. Pero aún así, Yuri logró mover ambos brazos para apoyarse en la piedra caliza y poder levantarse un poco más. Recién entonces llegó a contemplar la totalidad de lo que había bajo la piedra en la que se encontraba.

Sí, la tierra negra bordeaba el altar y lo levantaba más allá del nivel del suelo, pero su base, aquello que lo mantenía en su lugar, no estaba hecha sólo de tierra, sino que estaba entretejida con una indiscernible cantidad de cuerpos humanos. El brazo de un hombre, el rostro de varios ancianos apretados en uno solo, el torso de un niño y los ojos profundos y apagados de una mujer; todos muertos y profanados. Imposible contarlos, pero no eran menos de una treintena. Todos semienterrados y con diferentes partes de sus cuerpos sobresaliendo de la tierra, desdoblándose en posiciones imposibles para formar un mensaje, un llamado de invocación. Neumas ininteligibles hechos de carne y muerte que emulaban la escritura dispuesta por las cartas de André.

Y, colocadas en el borde del promontorio, sostenidas por diferentes manos de distintos tamaños, había doce velas negras, todas detenidas en aquel *rigor mortis* que los hacía crecer del suelo como flores oscuras vestidas con pétalos de piel muerta.

A Sasha debió causarle gracia la expresión de su rostro, porque inmediatamente soltó una risa infantil y aguda.

—¿Qué sucede contigo, anomalía?, ¿acaso te da impresión un poco de muerte? Somos demonios, ¿qué esperabas encontrar aquí?

Yuri no contestó la pregunta. Ni siquiera lo intentó. No sabía si ya era capaz de controlar su voz, pero tampoco importaba. No hubiera sabido qué decir. Sasha tenía razón, y él no era tan hipócrita para intentar siquiera discutirlo. Lo sabía desde aquel lejano momento en que se entregó por primera vez a ella en el campamento de guerra. Siempre lo supo. El camino de su amor estaría pavimentado con la sangre y los cuerpos de incontables y necesarias víctimas... pero también de sus enemigos.

Y eso es todo lo que era Sasha ahora: un estorbo. Y, aún así, un fermento necesario para los designios de su amada.

Aquel pensamiento lo hizo sonreír.

—¿Y ahora de que te ríes? —dijo Sasha, interpretando esto como una afrenta y

amenazando con avanzar hasta él.

—¡Sasha! —lo silenció Lenmar, levantando apenas la voz, con su tono sereno pero terminante.

Si acaso fuera posible, el rostro de Sasha pareció volverse aún más pálido de lo habitual. Volteó hacia Lenmar y luego nuevamente hacia Yuri, como intentando justificarse, pero de inmediato pareció arrepentirse y volvió a arrodillarse en el suelo bruñido, que rodeaba el promontorio.

Luego, puso sus manos en torno a su boca y comenzó a soplar hacia la primera de las velas negras.

Un fuego azul se formó sobre la mecha, restallando en latigazos de un halo ígneo aún más claro, casi blanco.

“Son almas” pensó Yuri, y el conocimiento de un recuerdo que no era suyo le llegó como en cuentagotas. “Las que pidió André. Ingredientes. Almas, cuerpos y...”

—Y sangre —completó la voz de su rusalka, sólo para él. Sonaba amodorrada, agotada; desovillándose del sueño obligado en el que se había recluido para lamer sus heridas—. Ésa fue la división de tareas en el bar. Iván e Irina se encargarían de la sangre, de bañar los cinco vértices de la estrella invertida, alrededor de la montaña. Sebastian y Lenmar traerían los cuerpos frescos hasta este sitio, y a Sasha se le confiaría la recolección de las almas.

“Y André prepararía todo aquí, en el crómlech”, continuó Yuri, cerrando la idea.

—Así es. A André se le dan muy bien estas cosas. Es lo que algunos llamarían “un demonio carroñero”; si no cuenta con las habilidades para manipular lo que sea necesario manipular, él procura conseguirlas. Definitivamente es alguien con quien nadie querría meterse.

Afuera de su cabeza, Yuri podía observar como Sasha iba avanzando vela tras vela. Ya llevaba encendidas más de la mitad de ellas. Lo cual no le dejaba mucho tiempo.

Y necesitaba saber.

“¿Y a ti, mi devoradora?, ¿qué tarea te encomendaron en el cónclave?”

—Mi tarea eres tú, Yuri. Siempre lo fuiste. Pero esa parte ya la sabías, o al menos lo sospechabas; me encargué de dejar que eso fuese el motor de tu búsqueda... Tú eres la vasija que contendrá la invocación. Cuerpo, alma y sangre entregados a mí por tu propia voluntad. Eres la pieza más importante, ya que no puede ser de otra forma; la aquiescencia de tu ser debe abandonarse al sacrificio.

“Entonces, ¿eso es todo lo que soy? ¿Un ingrediente?” Yuri escupió hacia sus adentros. “¿Me amaste alguna vez?”, agregó en un susurro mental, a punto de desmoronarse.

—¿Acaso importa? ¿De ello depende tu sacrificio para con el mundo? Pensé que, por el amor que juras profesar por mí, bastaría sólo con pedirte. Lo único que importa es lo que tú sientas por mí. Lo que yo pueda sentir o no por ti, no cambia nada.

Yuri apretó fuertemente los dientes, mientras intentaba tragar todo el rencor y la frustración que le crecía en el pecho.

“Te equivocas... lo cambia todo.”

El sonido de una tormenta cercana llenó el mundo por un instante. A Yuri le pareció que siempre había estado allí, pero que apenas entonces lo notaba. Se preguntó si incluso no era algo que lo había acompañado toda la vida, una constante sombra de tormentas que lo perseguía, influía y buscaba, tal como el mar busca a la luna.

Echó su cabeza sobre la piedra y miró hacia el cielo, embebido en el negro más puro. Había, no obstante, pequeños puntos grises y muertos intercalados. El cielo se estaba cayendo a pedazos allá arriba, pero algo invisible lo contenía para que ni un poco de él pudiera llegar hasta allí.

El Señor de la Lluvia había llegado, y lo único que lo mantenía a raya por el momento era la influencia de Lenmar.

Quiso bajarse de ese sitio, pero las piernas no le respondieron. Eran la única parte del cuerpo que aún no llegaba a sentir del todo.

“Ya es hora”, sintió como decía, dentro de su cabeza, esa voz terrible y añorada. Pero había un dejo de resignación en ella.

“¿Esto es todo? ¿Ya cumplí con mi función?”, pensó Yuri para ella.

—No, mi pobrecito, recién empiezas a hacerlo —respondió su *rusalka*, con una mezcla de lástima y ponzoña—. Sólo recuerda lo mucho que me quieres.

Había ironía en esa última petición. Ironía y miedo.

Sasha rodeó el promontorio, terminando de encender todas las velas negras con el fuego azul y blanco de las almas. Luego se puso de pie, y ya comenzaba a alejarse camino hacia Lenmar, cuando el fuego de una de las velas azabaches empezó a arder más alto que las demás. Pasando del azul al turquesa, chisporroteando en el celeste por dos latidos del fuego, para agonizar en un cobalto grisáceo, casi ferroso, hasta extinguirse.

Sasha se quedó inmóvil, a medio camino entre Lenmar y André. Irina y Sebastian abandonaron inmediatamente su actitud despreocupada y comenzaron a acercarse.

—No entiendo —dijo Sasha, retrocediendo unos pasos, para alejarse de Lenmar—. Eso no debería pasar. Hice lo que me pidieron —su rostro era el de un niño, un niño asustado justificándose, dando excusas.

—¡La corrompiste demasiado, niño estúpido! —era la primera vez que Yuri oía a Lenmar levantar la voz. Y estaba seguro de que era la primera vez que Sasha lo oía también, porque al hacerlo retrocedió de golpe y tropezó. Habría caído de bruces al suelo si Sebastian no lo hubiera detenido— Deberías haberte contenido, Sasha. Sabes que todas las almas tienen un límite —agregó, mientras se sacaba lentamente los anteojos gruesos y los guardaba en el bolsillo de su camisa—. Y mi paciencia también...

Sasha se sacudió de los brazos de Sebastian y se puso en guardia. A todas vistas parecía estar siendo rodeado por todo el grupo, a excepción de Irina e Iván.

—Almas —dijo nuevamente la voz de André en la cabeza de todos—. Almas —repitió, como si fuera lo único que supiera decir. Mientras olisqueaba, como un animal, el aire cercano a Sasha; captando con sus sentidos algo que ninguno de los otros podía.

—¡Oh, ya veo! —comprendió Lenmar— Aún llevas el alma del niño contigo, el que te cedió su cuerpo. Debes entregarla.

—No. Es mía —gimió Sasha—. Él es mío, sólo mío... él es especial —luego de decir esto se irguió de cuerpo entero, como si ahora él fuera la amenaza y los demás estuvieran a su merced. A Yuri le pareció la imagen de una cobra rodeada de sus depredadores—. Ya me cansé de este juego.

Miró rápidamente alrededor, como buscando algo más allá del grupo que lo acorralaba, y luego corrió hacia atrás, más allá del puñado de piedras enormes, tiradas y de pie, que rodeaban el lugar.

Sebastian, que era el más cercano a él, fue el primero en reaccionar. Pero cuando intentó alcanzarlo, fue arrojado sorpresivamente al suelo por Irina. André saltó sobre ellos, moviéndose a pasos largos de gacela, con ambos brazos como muertos colgando hacia atrás rebotando por la inercia del movimiento. Daba la impresión de que al correr hubiera puesto toda su atención en el movimiento de sus piernas y se hubiera olvidado completamente de sus extremidades superiores. Corría con una velocidad más allá de lo racional, pero Sasha llevaba la ventaja de la sorpresa, y ya se hallaba cerca del límite que marcaban las sombras sin forma y los perros negros. Si lograba salir, estaría bajo la protección de Boris.

Pero cuando estaba a punto de escabullirse, una figura frenética le cortó el paso por el costado, lo arrojó al suelo, y ambos rodaron por la grava y las piedrecillas del lugar. Yuri pensó que se trataría de Lenmar, pero al ver los cabellos dorados manchados de sangre y la mirada enajenada inyectada de locura, supo que se trataba de Iván.

Sasha intentó librarse de él, pero las extensiones óseas y filosas de los dedos de Iván estaban ya extendidas, y se y se clavaron en el chico impidiéndole alejarse. Forcejearon por unos segundos, pero Iván no sólo era más fuerte, sino que estaba más desquiciado. En cuanto logró poner las piernas a su alrededor, lo apretó y lo inmovilizó. Puso un brazo en torno a su cuello, mientras que con el otro le abrió el pecho en un canal del tamaño de sus cinco dedos.

Apenas los alcanzó, André se abalanzó sobre la fulgente herida de Sasha. Usó ambos brazos para abrirlo aún más y comenzó a escarbar dentro del pequeño cuerpo.

Sasha aún permanecía consciente mientras esto pasaba. Vomitando sangre y observándolo todo con el más absoluto de los rencores. Ya no podía luchar, pero se negaba a dejar el cuerpo que habitaba.

—No olvidaré esto —dijo, con un hilo de voz—. Volveré y lo pagarán. Conseguiré otro cuerpo y regresaré aquí junto a Boris e Irina. Apagaremos el mundo y lo someteremos todo. Entonces me comeré lentamente la esencia de cada uno de ustedes, y la guardaré en un rincón pútrido y oscuro para jugar con ella cada vez que tenga ganas de matar.

—Nunca obtendrás otro cuerpo a tiempo —dijo Lenmar, acercándose con paso tranquilo—. Esto se terminará de definir sin tu presencia, Sasha.

Agachándose hasta estar cerca del rostro del chiquillo, y agregó:

—Ahora eres totalmente prescindible. ¡Aléjate de mi vista! —y con un movimiento sencillo y veloz, separó la cabeza de su cuerpo y se la arrojó a los perros.

Al contemplar la terrible imagen frente a sus ojos, Yuri se preguntó cuánto de la consciencia de Sasha quedaría en la cabeza mientras era devorada por las fauces de las bestias de Lenmar.

—La suficiente para no olvidarlo en toda la eternidad —le contestó exultante la voz de su *lyubovnitsa*, disfrutando de la escena como si cada una de las dentelladas que destrozaban a Sasha fueran la suya propia.

André comenzó a moverse nuevamente, esta vez en una serie de saltos violentos que lo acercaron rápidamente al promontorio sobre el que se encontraba Yuri. Cuando se agachó junto a la vela negra, cuyo fuego se había consumido, su rostro ya no era el mismo que tuviese al ir tras Sasha. Su boca, antes tapada por retazos de piel muerta, se abrió ahora en un hueco negro, profundo y viscoso. No tenía labios, solo piel abierta en un tajo. Una hendidura circular similar a la de una lamprea, revestida de varias hileras de filosos dientes que se abrían y cerraban como si el paso del aire a través de aquel pozo fuera algo desconocido y hasta

casi innecesario.

Imitando a la perfección los movimientos de Sasha, se dispuso a encender el fuego de la vela.

Sebastian apareció por detrás, caminando lentamente y sosteniéndose el abdomen, que sangraba por una herida en la parte inferior derecha. Se lo apretaba con la mano izquierda, cruzada, mientras mantenía en el rostro su sonrisa sardónica e inalterable.

—Irina escapó —dijo para todos, pero mirando a Lenmar—. Y en el camino arruinó mi traje.

Yuri llegó a la conclusión de que no se quejaba de su ropa ensangrentada, si no de su cuerpo, su “traje humano”.

—No importa. Finalmente ya estamos listos —le contestó Lenmar—. Para cuando logren pasar, ya será tarde.

Los miembros restantes del cónclave se reunieron a ambos lados de André. Lenmar se ubicó a su derecha, y Sebastian a su izquierda, mientras que Iván se sentó en el suelo, unos pasos por detrás del primero, con la mirada perdida y enferma. No dejaba de pasar su mano derecha por sus cabellos bañados en sangre seca, al tiempo que lamía con efusividad la mano con la que había abierto el pecho de Sasha. No parecían estar haciendo ningún tipo de formación especial para el ritual sino que se ubicaban lo mejor que podían para observar.

—Comienza, André —ordenó Lenmar.

Yuri sintió la urgencia de escapar de allí. Su instinto le pedía a gritos que se levantara y huyera. Y aunque su cuerpo clamaba dolor por cada uno de sus poros, estaba seguro que tenía completo control del mismo nuevamente.

Pero volvió a escuchar su voz, hermosa y terrible.

“Quédate”, decía. Y era una simple palabra. No era una orden o una imposición. Ni siquiera un pedido. Era una palabra desnuda, completamente desprovista de amor u odio, pero embebida del peso absoluto de quien lo pide todo a cambio de nada. “Quédate”, había dicho nada más, pero lo que Yuri oía en el fuego de su febril devoción, era: *Si me amas, quédate*.

Y entonces no se movió. Cerró los ojos y se entregó, tal como ella esperaba.

En el vacío posterior a su decisión, rememoró todos los pasos que lo fueron acercando al precipicio de su amor desaforado.

La noche en que la dejó entrar, la primera; aquella donde incluso la experiencia de respirar el mismo aire junto a ella era un éxtasis infinito. Un clímax imposible de sensualidad que rayaba en la locura. Porque sus labios de agua, de amor etéreo, lo eran todo. Y eran sólo suyos, sin importar el precio. Desde entonces anduvo tras sus designios como una sombra de su sombra; él llevaba el cuerpo, pero hacía todo lo que ella ordenaba. Lo mismo hubiera dado cualquier cosa que le pidiera; por más retorcida que fuese, él la haría realidad para ella.

El viaje al otro lado del mundo era largo. Y cada día traía consigo una prueba de su amor por su *rusalka*. Estaba siendo amaestrado para convertirse en el juguete rabioso de su dama del agua; lo supo desde el primer momento.

Antes de desertar del ejército Ruso y renunciar a sus alas, luego de despertar en la camilla de aquella cama de hospital, aún empalagado y borracho de su sexo, incluso entonces, le pidió actuar por ella. Miró en derredor y buscó a alguien, a cualquiera, un fusilero viejo con la pierna rota y gangrenada, que clamaba en fiebres por ayuda. Le echó un vistazo, se acercó y,

sin dudarle, tapó la boca y la nariz del viejo con ambas manos. Mientras el hombre pataleaba y luchaba por un poco de aire para sus pulmones, Yuri sólo observaba. No sonreía, ni disfrutaba, únicamente llevaba a cabo la tarea que le encomendaban.

Podría haber considerado lo que hacía como un simple acto de piedad, pero no lo era. Era apenas un capricho. Uno de tantos otros que irían amontonándose en la sucesión de los días, empantanando su cordura y su propia voluntad.

Aquellos no siempre trataban sobre la muerte- Eso era apenas una parte del crisol de orfandades sombrías que lo aguardaban. También se trataba de corromper, de seducir y pervertir cada cosa o persona que se acercara a él. Sólo entonces él obtenía su recompensa, sólo así él podía volver a estar con ella.

Las pocas oportunidades en las que se negaba a obedecer, ella *emergía* y tomaba control de su cuerpo, obligándolo a observar y a recordar cada acción que sus manos realizaban. Mirándolo todo, una y mil veces, a través de que aquella visión aumentada y envilecida que tenían las memorias manchadas de ella.

“*Recuerda que me amas, Yuri*”, le susurraba en el alma su *lyubovnitsa* en esas ocasiones. Y luego se arremolinaba en el más profundo de los silencios, mientras Yuri se veía forzado a yacer inmóvil junto a cuerpos desnudos, cuerpos muertos, hasta recuperar el total dominio de sí.

No había recompensa en esas noches. Sólo la humillación obligada de tener que limpiarlo todo, y la soledad de su propia voz perdida y abandonada en la vastedad de su mente.

Había decidido no volver a negarse. Darlo todo por ella. Entregarse en cuerpo y alma a la voluntad de su *pozhirayushchiy*. Porque allá, del otro lado del mundo, hacia donde se dirigían, ella lo necesitaba. Allí sería verdaderamente útil y obtendría su amor.

Pero en el camino perdió algo importante. Lo único que ella alguna vez le dio. Aquello que él logró asir entre sus manos y que creía resguardado.

Se le había escapado la noción de su nombre.

Velika... sí, ese era.

Velika...

Ahora lo recordaba y lo pronunciaba incansablemente en el eco de sus recuerdos, saboreando cada modulación exquisita de sus letras. Degustándolo.

Pero entonces, en algún instante gris y eterno, se le había deslizado y perdido en los pasillos profundos de su mente.

¿Y quién?

¿Por qué?

Ella... siempre ella. Amante y devoradora.

Creyó haberlo robado. Pero lo que se regala no se puede volver a quitar.

Él había complicado sus planes al obtener su nombre. Ella debía de llegar a aquella reunión con un alma y un cuerpo ya previamente entregados, bajo su completo dominio. En cambio tuvo que aprender a moverse en un cascarón con conciencia... Él.

“*¿Un trato?*”, había dicho ella, con aquel gesto invisible y sardónico que vibraba por los muros de su mente. “*Para poder hacer un trato contigo debo de considerarte como un igual, Yuri. Y tú estás por debajo de mí*”.

Así había hablado. Así había escupido sobre él.

Luego lo cubrió todo con un manto de mentiras y medias verdades. Le sembró la

convicción de que había algo que no debía recordar. Y el pasado se convirtió en un tabú que él mismo se imponía. Se había creído la estúpida idea de que si rememoraba lo que había hecho para lograr estar con ella, entonces ella también lo vería y sería capaz de echarlo.

Pero no. Ella jamás podría. Yuri *poseía* su nombre.

Sin embargo, no había manera de saberlo. Y por ello fue esclavo, no una, sino dos veces. Esclavo de ella y de sí mismo. La siguió por medio mundo, jurando obediencia, fidelidad y amor eterno. A pesar de que ella nunca lo pidió y se lo desdeñaba a cada paso, con sus migajas y las recompensas a su ignorancia y a sus ojos cerrados; cual si fuera un cachorro que aprendía nuevas gracias para el deleite de su ama.

Y es que la promesa y la posibilidad de su amor eran un sol demasiado grande como para poder taparse. Íncubos, súcubos o el mismísimo Señor de la Lluvia; ninguno de ellos importaba, él hubiera ido prendido de su sombra adonde fuera para ayudarla a lograr su cometido y merecer su amor.

Pero el encuentro con Boris lo había cambiado todo.

Velika...

Ahora, el tiempo y el mundo se reducían a dos simples y absolutas verdades:

Él la amaba.

Y ella sería suya... sin importar nada.

Yuri se sintió caer, con todo el peso de su cuerpo, en la gran piedra caliza del altar. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado, pero al mirar hacía abajo, más allá de los cadáveres, las velas y las cartas, todos seguían aún en la misma posición en la que estaban con anterioridad.

Algo había salido mal. Pudo notarlo con sólo observar el rostro furibundo de Lenmar. Toda la ponzoña que se intuía escondida detrás de aquel rostro apacible, parecía ahora querer escaparse por cada uno de sus poros, deformando su semblante en una torsión de cólera apenas contenida.

—¿Qué sucede? —preguntó el líder del cónclave al demonio carroñero.

Las venas alrededor de los ojos de André parecían sobresalir todavía más que antes, por el esfuerzo que acababa de realizar. Su calva estaba completamente cubierta de un sudor ambarino que le caía por todo el rostro. Al percatarse de la pregunta seca de Lenmar, volvió su faz hacía él y abrió por completo su recientemente estrenada boca. Del fondo de aquel cavernoso orificio recubierto de dientes puntiagudos, pareció comenzar a crecer una lengua larga, negra y viscosa. Un pedazo de carne pútrida que se movía de arriba a abajo y a ambos lados continuamente, acompañado de un sonido recóndito y grave que se entrecortaba entre movimiento y movimiento.

André estaba intentando hablar.

Sin embargo, al ver que Lenmar comenzaba a impacientarse, abandonó sus infructuosos intentos y *habló* en la mente de todos al mismo tiempo; mientras lo apuntaba a Yuri con una de sus manos.

—Sombra —dijo André, arañando con cada sílaba tortuosa la corteza cerebral de quienes lo escuchaban—. No... Sombra... —agregó, acompañándolo con un torpe devaneo de negación de su cabeza.

La expresión de Lenmar se turbó marcadamente.

—Boris... —susurró, como si ese nombre encerrara la respuesta a todas sus dudas—. Tú, humano, ponte de pie.

Yuri obedeció la orden sin cuestionar, lo más rápido que pudo. Ya controlaba por completo su cuerpo, pero el dolor que aún tenía lo hizo caer varias veces antes de lograr finalmente incorporarse.

—Muéstrame tu pierna. La derecha.

Yuri se arremangó el pantalón.

No había ninguna herida. Su pierna derecha estaba sana allí donde el Señor de la Lluvia la había curado.

Y entonces la imagen del mundo se dio vuelta. Y lo último que alcanzó a ver Yuri antes de caer al suelo, fueron los ojos de Lenmar, encendidos de fuego negro, muy cerca de su rostro.

Luego de ver la pierna, Lenmar se había elevado de un salto, cuyo feroz impulso le alcanzó para llegar a la piedra del promontorio, tomar del cuello a Yuri y volar con él por los aires hasta el otro lado del círculo de tierra oscura.

Yuri sentía en su boca el sabor metálico de la sangre. Estaba casi seguro de que con el impacto se le habían roto algunas costillas o parte de la columna.

Lenmar se mantenía a su lado, arrodillado sobre la tierra bruñida, mientras apretaba fuertemente su cuello contra el suelo.

—¿Por qué ya no está infectada tu pierna? ¿Cómo es que ya no estás *marcado*?... ¡Estoy rodeado de inútiles! —y al mismo tiempo que decía esto, golpeaba repetidas veces la cabeza de Yuri contra el suelo.

Aquellos ojos, parecían penetrar en la esencia misma de su mente buscándola a ella.

Por segunda vez, Yuri la escuchó gritar de miedo. Un terror puro y vivo que lo recorrió entero mientras su amada chillaba y lloraba excusas sin entender del todo qué era lo que pasaba. Pues resultaba más que probable, pensaba Yuri, que de veras no lo supiera; ya que al momento de su charla con Boris ella se encontraba demasiado ocupada escudándose en un rincón de su mente para protegerse.

—No debí confiar en ti—dijo Lenmar soltándolo y poniéndose de pie. Sentenciándolos. El fuego negro de sus ojos se tornó un mar en calma de ominosa ansiedad. Yuri casi creía poder vislumbrar su propio reflejo en ellos, y verse roto, tirado en el suelo, a la espera de su final.

Cerró los ojos y esperó. La buscó en su mente, ansiando estrecharla contra sí, pero no pudo hallarla. Sólo alcanzó a encontrar pequeños destellos del recorrido de su desesperación. Lamentos, maldiciones, argucias exasperadas. Y, en el fondo, flotando perdido como la basura que arrastra el río, un angustioso llamado de auxilio, una palabra plegada en sí misma, repetición sobre repetición reverberando en aquel nombre que no era el suyo... *Iván*.

—Espera —se escuchó urgente la voz del otro lado del altar, acercándose.

De alguna forma ella había logrado presentirlo o invocarlo, antes siquiera de que Yuri llegara a adivinar su cercanía.

El sonido de la voz de Iván bastó para que se relajara.

Venía a los tumbos, tropezándose, cayendo al suelo, medio rengueando y medio arrastrándose. Luchando por recorrer con premura la pequeña distancia que los separaba.

—Espera, por favor —repitió suplicante al estar más cerca—. Yo puedo... mi señora y yo...

Entre palabra y palabra, Iván tosía la sangre podrida y coagulada de su cuerpo. Le era casi imposible conectar las ideas y las acciones. Se ovillaba en el suelo como un feto gigante y grotesco que levantaba la cabeza y luego volvía a ocultarla entre los brazos mientras intentaba hilvanar una frase entera de más de dos palabras.

Yuri notó que la palidez de su cuerpo había aumentado drásticamente. La piel se le había vuelto ceniza y la movilidad de los músculos de su rostro lo había abandonado casi por completo. Recién entonces Yuri cayó en la cuenta de que el cuerpo que Iván habitaba llevaba muerto largo rato ya.

Era por eso que cada acción que realizaba estaba prácticamente impedida por el creciente *rigor mortis* de su cascarón humano. Iván debía de estar haciendo un terrible esfuerzo para mantenerse arraigado en aquel cuerpo y en este mundo. Ya desde el momento en que Yuri despertara en el crómlech, Iván debía de haber estado luchando contra la inutilidad de sus miembros casi tiesos.

¿Cuánto más podría mantenerse así? Yuri suponía que al morir su habitáculo, la esencia del demonio se vería obligada a volver al Averno. Y, sin embargo, Iván seguía aún aquí; y en el proceso había sido capaz incluso de deshacerse del mismísimo Sasha.

¿Hasta dónde lo empujaba la retorcida devoción que profesaba por su dama del agua?

Yuri volvía a sentirse disminuido e inútil ante el amor de Iván.

—Yo lo haré —gritó de repente Iván, fuerte y claro. Pero de inmediato volvió a enroscarse en la inmovilidad de su propia lengua.

Lenmar se acercó con dos largas zancadas hacía donde estaba Iván y descargó una patada en su cabeza que lo hizo girar varias veces sobre el suelo.

Luego volvió a acercársele y lo levantó en el aire sosteniéndolo por los cabellos.

—Habla claro o lárgate —le dijo—. No tengo tiempo para esto.

Sin inmutarse por las circunstancias, Iván comenzó a levantar su brazo izquierdo, lentamente, y con las extensiones óseas de sus dedos afilados se rajó la camisa y mostró su torso desnudo y muerto.

—Yo ocuparé su lugar —dijo pausadamente, esforzándose por hilar las palabras sin cortar el sonido.

Bajo los restos cortajeados de su ropa, en la zona baja de su espalda, por todo su pecho y su abdomen, se extendía una gran mancha negra. Pero algo estaba mal, porque la imagen que Yuri veía carecía completamente de sentido. En la zona abdominal podía observar cómo varios huesos de las costillas sobresalían por sobre la piel y se cruzaban en un dibujo azaroso y sinsentido que recubría su vientre. Y en la parte donde debía estar el corazón había tres marcas abiertas que goteaban una sanguinolenta excreción pustulosa. Podrían haberse confundido con las branquias expuestas y cartilagosas de un tiburón herido, pues mientras Yuri observaba, el inservible oxígeno que Iván aún respiraba se escapaba por esas hendiduras en su pecho.

Era similar a lo que le había sucedido al perro hallado fuera de la casa. Yuri supuso que los órganos internos de aquel cuerpo que Iván habitaba debían de estar todos trastocados, invertidos en posiciones nada funcionales.

¿Eso era lo que esperaban de él? ¿Que se dejara infectar por aquello? Sí, las sombras le habían marcado la pierna derecha, pero nadie más que él sabía sobre ello. Lo había ocultado para no mostrar debilidad ante nadie. Pero había estado muy cerca de morir por ese motivo.

La mancha negra que había infectado su pie derecho con apenas un roce de las sombras sin forma, se había extendido rápidamente por toda su pierna. Y casi lo había consumido vivo, hasta que Boris se deshizo de ella. En aquel momento Yuri creyó que intentaba ganarse su confianza mediante aquel gesto, pero ahora aquello cobraba otro sentido más profundo.

—Un ingrediente —dijo Yuri en voz alta al comprenderlo—. La *marca* de la sombra sin forma era también un ingrediente.

Lenmar giró el rostro hacia él y le habló, sin soltar a Iván:

—Claro que era un ingrediente. ¿Creías que no estaba al tanto de lo de tu pierna? ¿Pensabas que fue un accidente, acaso? Dime, humano, con todo lo que has visto, ¿cuánto crees que me hubiera costado permitir que el brazo de las sombras te rozara? Una orden previamente calculada, un paso atrás de cualquiera de mis bestias, una pequeña degradación en el escudo que nos rodeaba... y un rasguño. Apenas lo suficiente para dejarlo crecer en tu pierna y mantenerte vivo hasta tu llegada al crómlech. Eran los únicos ingredientes de los que estaba completamente seguro que iba a necesitar: a ti, que eres la vasija, y a la marca de las sombras.

»Pero ahora, gracias a la incompetencia de aquella a la que arrastras en tu mente, todo lo que tengo es un conjuro de invocación incompleto.

Volteó su rostro nuevamente hacia Iván y lo observó con gesto asqueado antes de arrojarlo al suelo, cerca de Yuri.

—¿Comprendes lo que pasará cuando te diluyas en su esencia? —le preguntó, en tono calmo, al súcubo de cabellos dorados.

—Sí. Seré uno con ella —contestó Iván, controlando con determinación la fluidez de sus palabras.

—Desaparecerás... no habrá conciencia allí donde vas. Serás como el agua que alimenta a la rosa, pero no serás la rosa.

—Agua... para mi *rusalka*.

—¡Muy bien! —dijo Lenmar, recuperando parte de su afabilidad—. No pensaba negarme. Pero es importante que sea por propia voluntad. Sino no funcionará. A cada paso de tu disolución debes estar convencido; si el temor o el dolor te hicieran retroceder, es probable que también falle.

Iván asintió, y de inmediato volvió a encerrar la cabeza entre los brazos, moviéndola como si fuera la de una tortuga saliendo del caparazón. Su cuerpo parecía seguir luchando contra su voluntad.

Al verlo así, Lenmar continuó hablando, pero dirigiéndose únicamente a Yuri.

—Iván subirá al altar contigo. Cuando su esencia se licue con la de ustedes dos, podremos hacer la invocación.

Yuri se había mantenido callado e inmóvil. La presión que los huesos de sus costillas ejercían en su pecho lo había obligado a yacer en la grava muerta y a escucharlo todo desde aquella sumisa posición. En su cabeza, la dama del agua con ojos ígneos suspiraba de alivio y le transmitía, por asociación, el mismo efecto a todo su cuerpo. El vínculo entre ellos era cada vez más fuerte. Quizás por eso Yuri sentía a su vez que era capaz de mantenerse conciente a pesar de tanto dolor. O quizás no. Quizás la guerra también lo ayudó a eso. Quizás el dolor era todo lo que él conocía.

Se abrazó a sí mismo y se apretó fuertemente el pecho, como si con aquel gesto fútil

pudiera rearmar su cuerpo roto. Logró sentarse y luego ponerse de pie, sin dejar de apretarse la caja torácica.

Ella no le hablaba y él tampoco pensó en buscarla. Las razones de uno y otro eran difícilmente las mismas, pero el resultado era que Yuri estaba solo.

Yuri en la niebla... en la noche... en el cielo de un viejo avión caza ruso...

Siempre solo.

Tuvo que escupir un esputo de sangre y bilis que le subió por el pecho, antes de poder hablar.

—No —dijo entonces. Y aunque sonó débil, la palabra salió de su boca entreabierta con una certeza incuestionable.

Lenmar, que se había dispuesto a volver junto a André, se detuvo al escucharlo.

—¿Qué? —dijo, girando su cuerpo nuevamente hacia Yuri. Y la pregunta se repitió como un eco enfermizo en la voz de su amada... ¿Qué?

—No —repitió, esta vez en voz más alta. “¿Cuándo habrá sido la última vez que alguien le negara algo?”, pensó Yuri, sin apartar los ojos de Lenmar—. Dije que no.

Los ojos de Lenmar estaban nuevamente encendidos con aquel fuego negro, al levantar a Yuri por el cuello, a casi un metro del suelo.

Lo apretaba tanto que no podía respirar.

Pero no podía matarlo, ni tampoco manipular su libre albedrío. Así que Yuri sabía que en algún momento tendría que soltarlo.

—Puedo romperte las piernas, Yuri. Despellejarte los brazos lentamente y dejarte arder en el dolor hasta que tú mismo intentes arrancártelos con tus dientes... hasta que supiques por otra oportunidad. O introducir una pequeña llama en el interior de tu cuerpo, que te recorra entero y lentamente, alimentándose de tus órganos y evaporando tu sangre. ¿Cuán seguro de ti mismo crees que estés cuando te arranque los genitales y se los tire a mis perros?... Los humanos son tan frágiles. Están hechos de dudas, mentiras y temores. Y a pesar de eso se creen inmortales... pero no son más que ganado. Sólo eso. Sus almas son alimento, no el símbolo de su redención.

Luego de decir eso, Lenmar volvió a arrojarlo al suelo.

Yuri rodó varios metros, pero rápidamente volvió a ponerse de pie. En algún momento, sin que se hubiera percatado de ello, André y Sebastian se habían acercado hacia el lugar en donde estaban, y se ubicaban a escasos metros de él. No parecía que estuvieran a punto de atacarlo, al menos no de momento; pero lo observaban atentamente.

Yuri empezó a caminar hasta los límites del crómlech, allí donde las sombras sin forma y los perros de Lenmar pugnaban por cada fragmento del terreno.

El líder del cónclave seguía sus movimientos con curiosidad. El fuego de sus ojos aún ardía, pero su rostro era una máscara pétrea de ira, expectante, a punto de estallar en mil pedazos. Aún así, Yuri estaba seguro de que, de todos los que estaban allí, era el único que posiblemente supiera lo que pensaba hacer; y por eso lo dejaba continuar.

—Recuerda. Nosotros somos los buenos aquí, *tovarich* —le dijo Sebastian cuando pasó por su lado. Aparentemente había dejado de sangrar, o de preocuparse por ello, y lucía su sonrisa sarcástica y su semblante eternamente despreocupado. Pero Yuri se daba cuenta de que, a pesar de la ironía de su voz, el súcubo de los cabellos negros no entendía del todo por qué lo estaban dejando avanzar, o por qué Lenmar no ordenaba detenerlo.

A su vez, André movía su viscosa lengua fuera de su boca, como una gran serpiente negra clavada en una de sus puntas. Si intentaba decir algo, Yuri nunca lo supo.

—¿Piensas escapar, Yuri? —ahí estaba, finalmente. La voz de su devoradora. Hiriendo su convicción con apenas un poco de aquel tono lánguido y sensual— ¿Acaso no me amas?

Yuri escondió sus intenciones en lo profundo de su mente. Y no pensó en nada más que en aquel muro de sombras que tenía adelante.

No hablaría con ella. No se dejaría manipular.

No en esto.

No.

—Yo... yo te amo, Yuri —soltó su *rusalka* sin convicción. Y Yuri sintió que ni siquiera era capaz de regalarle aquella mentira sin dudar, la única que siempre había esperado—. ¿Tú no?... Me lo prometiste. Me seguirías hasta el final y pavimentarías el camino de mis designios con la sangre de mis enemigos... esas fueron tus palabras. Y a cambio yo sería tuya, por la eternidad. Seríamos uno... ¿A dónde vas Yuri?, ¿me obligarás a *emerge*?

“No podrías por más que quisieras”, rumió Yuri en su mente, sólo para él. Usando el poder de su nombre para esconder de ella aquel pensamiento.

Era una prueba arriesgada, pero tenía que saber si funcionaba o no.

—¡Contesta! —rugió su *lyubovnitsa* en su cabeza. Y así supo que era capaz de proteger sus ideas e intenciones—. ¡Nunca debí haberte elegido a ti, maldita carroña humana! Debí haberte dejado pudriéndote en aquel campamento. No eras distinto que cualquier otro. Sólo se trató de una simple casualidad que hubiera elegido entrar en ti y no en el fusilero de al lado, ¿me escuchas?... Cualquier otro ¡Cualquier otro me hubiera dado lo mismo!... Incluso Iván... ¡Si, Iván! Debí haber trabajado con él desde el comienzo, no contigo... Tú eres un cobarde.

Yuri trastabilló, pero no se detuvo.

Las bestias de Lenmar no le prestaron atención hasta que estuvo demasiado cerca del muro de sombras. Entonces las más cercanas comenzaron a gruñirle, pero sin dejar de mirar al frente y mantener la frontera delineada por aquella pared negra y palpitante.

Sin dudarle ni un segundo, Yuri metió su brazo izquierdo en el muro, casi hasta la altura del hombro.

Los perros comenzaron a ladrar con mayor violencia y el más cercano a él estuvo a punto de morderlo, pero fue detenido por un gesto lejano de Lenmar.

Del otro lado, Yuri sentía que su brazo era incinerado por las sombras. Que se derretía, que se transformaba en otra cosa... que era corrompido.

Pero no lo sacó hasta que la marca alcanzó la parte superior de su hombro.

Entonces sí, abrió su mente y habló en voz alta:

—No me subestimen... ella es mía, y no la compartiré con nadie.

Mientras los demás lo observaban en silencio, desconcertados, Yuri examinó lo que quedaba de su brazo. Era como si hubiera sido modelado en barro y, al meterlo en el horno, hubiera embadurnado la parte de la mano contra los muros interiores. La muñeca se había vuelto contra el antebrazo y los dedos se habían fundido con el codo en posiciones flexionadas y rígidas. Sólo se veían la falange superior de dos de ellos, mientras que de los otros apenas se adivinaba alguna yema o alguna uña carcomida. Y en el lugar donde solía estar la mano, sobresalía ahora el hueso del antebrazo, en punta y con los bordes de un blanco casi lustroso. Todo el resto de la extremidad lucía de un color negro y violáceo, en un

avanzado estado de descomposición.

Pero no sentía dolor.

No... no era eso. Él *elegía* no sentirlo.

Su cuerpo estaba allí, y Yuri era consciente de su degradación. Pero los continuos ramalazos de flagelación no lo alcanzaban. Podía obligar a la mayor parte de su ser a moverse con absoluta libertad, incluso a pesar de los huesos rotos. Quizás fuera una consecuencia directa de su vínculo con ella. O, tal vez, al haber liberado *su* nombre de la prisión de su mente, pudo acceder a un nivel más profundo de su conexión. O quizás fueran ambas cosas. No importaba. Por primera vez, Yuri ya no se sentía débil ante los otros.

—¿Por qué? —preguntó, abrumada, la voz de su *lyubovnitsa*.

“¿Todavía preguntas? No permitiré que nadie más que yo sea uno con tu esencia.”

Hizo el camino de regreso con una seguridad que antes no poseía. Como si la *marca* hubiera sido una salvación y no una condena en sí. Se sintió fuerte. Capaz de alcanzar la cima del promontorio de un solo salto y sin tocar la tierra negra ni las cartas de André, si así lo quisiera.

Pero lo calló.

—Tendrán que acercarme —dijo calmo, hablando a nadie en especial.

A un lado, el cuerpo que Iván habitaba se debatía entre espasmos desordenados de movimientos truncos y palabras sueltas e incompletas.

Yuri pasó a su lado sin siquiera mirarlo. Pero luego se detuvo, como si cambiara de parecer respecto a su existencia, y volvió unos pasos hasta estar junto a él.

—Podría matarte —le dijo suavemente, sosteniéndole la cabeza firmemente con su mano sana, para que los erráticos movimientos que éste hacía no lo privaran de lo que tenía que decirle—... aquí, frente a todos, y sin que a nadie le importara. Quiero que lo sepas. Pero prefiero que atestigües, en la prisión de tu propia debilidad, como yo logro lo que tú nunca podrás.

Luego empujó la cabeza contra el suelo y comenzó a patearlo repetidas veces en el estómago, en el pecho y en la cara. Hubiera seguido largo rato de no ser por la voz de alto de Lenmar.

—Aún puede ser de utilidad —dijo el líder del cónclave al detenerlo—. Las sombras no tardarán en pasar. Debemos apresurarnos —agregó en tono serio.

André se posicionó nuevamente cerca del altar y todos los demás fueron acercándose a él, a excepción de Iván, tirado en el suelo y aún retorciéndose.

Sebastian se acercó a Yuri y lo miró con gesto divertido.

—¿Estás listo para salvar al mundo?

Yuri lo miró, y por primera vez en mucho tiempo se permitió sonreír por un momento ante la actitud despreocupada de Sebastian.

—Por supuesto... —contestó asintiendo— ¿Qué es lo que vamos a invocar?

Sebastian hizo un gesto extrañado con el rostro, como si a esta altura de veras lo sorprendiera la pregunta.

—¡Al Señor de la Lluvia!

—¿Qué? ¿No hubiera sido más fácil simplemente dejarlo pasar?

—No es así como funciona —intervino Lenmar a su lado—. Boris se ha hecho demasiado poderoso, se ha alimentado de una infinita cantidad de almas, y ha encontrado la manera de

proyectarlas a voluntad. Allí donde va, no hace más que sumar almas corrompidas para las huestes de sus sombras sin forma. Las lluvias que acarrea a su paso son sólo otro síntoma del lamento de aquellos que lleva en su interior... sus propias lágrimas que los persiguen bajo un cielo de eterna cerrazón. O quién sabe, quizás sólo sea que alguien *allí arriba* llora por ellas—se detuvo para hacer una pausa de notorio desagrado antes de continuar—. Aún si lo dejáramos pasar, no podríamos con él. Pero, por más poderoso que sea, no deja de ser un demonio, al igual que el resto de nosotros. De modo que podemos invocarlo.

—En mí...

—Sí, en ti. Tú eres la vasija. Ése será tu legado para con el mundo. Por un instante, la esencia de Boris entrará en tu cuerpo, y con la ayuda de *ella*, la que llevas en tu mente, lo contendrán el tiempo suficiente para eliminarlo.

—Matándome.

—Destruyendo tu cuerpo mortal... tu esencia quedará ligada a la de *ella*. Si es que ella así lo desea.

“Si... es lo que me prometió, allá lejos, del otro lado del mundo. Pero, ¿quién sabe lo que mi devoradora realmente anhela?”, pensó Yuri en el pequeño refugio que había levantado en un rincón de su mente.

—¿Y las almas en su interior? Él volverá, no desaparecerá.

—No podrá llevárselas. No si lo matamos de esta manera.

Yuri hizo un esfuerzo para imaginar aquel río de almas liberadas del yugo del Señor de la Lluvia... “Quizá llegue a ser la única cosa buena que haré con mi vida”, reflexionó.

—¿Y ustedes?... ¿por qué lo hacen? —mientras hacía la pregunta, Yuri se dio cuenta de que verdaderamente no entendía la motivación real que podrían tener aquellos seres para intentar proteger al mundo de alguien como Boris. Algo que él ni siquiera se había cuestionado hasta apenas ese momento... ¿y la suya propia? ¿De veras le interesaba lo que podía pasar o no con el resto del mundo?

Esta vez fue Sebastian quien volvió a tomar la palabra para responderle:

—¿Qué hay de divertido en un mundo completamente sometido?

Detrás de ellos, sonó repentinamente un estruendo seco y sin reverberación, como si alguien hubiera roto una hoja de papel por la mitad; pero amplificado y multiplicado miles de veces. El aire parecía querer escaparse y ser llevado hacía alguna parte en una sensación de vacío absoluto.

Yuri percibió un sabor ácido en el oxígeno que respiraba, y entonces comprendió que ya era tarde; Boris estaba aquí.

Ante una orden silenciosa de Lenmar, Sebastian lo tomó entre sus brazos y lo llevó de un salto hasta al altar, en el centro del promontorio.

Lo depositó sobre la piedra caliza y, en un último arranque de ironía, se despidió diciendo que *volvería en un instante*.

“Para matarme”, pensó Yuri en tono fatídico. Y esta vez lo hizo con la mente desnuda, para que su *lyubovnitsa* también lo escuchara.

“¿Y tú?”, agregó preguntando sin esperar que *ella* comentara algo “¿Qué es lo que realmente quieres?

—Quiero el Poder... lo quiero todo ¿Me lo darás, Yuri? ¿Me ayudarás a obtenerlo?... Recuerda que me amas.

“Si”, contestó él... sólo eso. Porque era verdad. La amaba desesperadamente, de una manera oscura y retorcida, como sólo se puede amar aquello que nos mata.

No era tan distinto de Iván pero, a diferencia de él, había algo dentro de Yuri que se negaba rotundamente a ser nada más que *su perro*, a convertirse en simplemente *agua para su rusalka*... Desde el comienzo se había sometido voluntariamente a sus designios, recibiendo gustoso las migajas de su amor. Ahora sabía lo que ella buscaba: quería ser el nuevo Señor de la Lluvia... por eso, para su *pozhirayushchiy*, siempre habían sido todos enemigos; incluso Yuri en su incompetencia era un necesario e inesperado estorbo con el cual lidiar...

Pero él ya estaba harto de hacer las cosas a su manera.

Antes de rendirse al vacío, Yuri miró alrededor.

Irina y Boris habían logrado pasar a través de una brecha en el escudo de Lenmar. Detrás de ellos, las sombras sin forma se amontonaban y se derramaban sobre el terreno como una mancha amorfa de ponzoña negra. Los perros se abalanzaban sobre ellas, pero la espada de Irina rebanaba en pleno salto a cualquiera que se les acercara, mientras que las almas corrompidas bajo el mandato del Señor de la Lluvia engullían al resto.

Boris caminaba con expresión de hartazgo, como si ya se hubiera cansado de jugar aquel juego y estuviera dispuesto a acabar con unas cosas que se le habían ido de las manos. Llevaba el torso desnudo, negro y en plena ebullición, con las figuras sombrías moviéndose bajo su piel como pequeñas hormigas buscando una salida. De sus brazos, sueltos a los costados, iban cayendo gotas negras de aquel siniestro río que corría por su cuerpo; gotas vivas e inverosímilmente iridiscentes... Yuri creía percibir el desconsolado lamento de las almas perdido en aquel manar interminable.

Iván salió del embotamiento que lo mantenía cautivo para saltar al encuentro de Irina.

Verlos pelear era como presenciar un soberbio y violento baile, un espejo de inesperada belleza girando en el aire y en el suelo. Ambos rubios y hermosos, y prácticamente indiscernibles uno del otro en la velocidad del enfrentamiento. Iván intentaba continuamente asirla entre sus garras, pero su cuerpo atrofiado no le permitía compararse con la velocidad que su hermana melliza poseía. Irina por su parte contaba además con el apoyo constante e infinito de las sombras sin forma, que intervenían continuamente en la lucha, escudándola. Cuando Yuri vio que la espada de ésta atravesaba de lado a lado el cuerpo de Iván, ya daba la pelea por perdida. Pero en el último momento, antes de perder consciencia del mundo, Iván la apretó fuertemente contra sí, introduciendo aún más la espada en los bordes de su deteriorado cascarón humano, y con el último resabio de fuerza le cortó el brazo con sus manos.

Lenmar aprovechó el descuido de Irina y, cuando la vio trastabillar y caer al suelo, envió a sus perros a terminar con ella. Sin el brazo ni la espada para defenderse, Irina fue despedazada por las fauces de las bestias de Lenmar.

Sebastian se mantenía firme a las espaldas de André. El resto de los perros que aún seguían con vida los rodearon a ambos, protegiéndolos.

Lo último que alcanzó a ver Yuri fue la imagen de Boris y Lenmar a punto de enfrentarse.

Luego, un rugido arcaico de sonido antinatural salió de la boca de André y la realidad se esfumó.

El vacío lo llenó todo.

Él fue ella por un instante... pero aquel instante se licuó en la nada, como una caricia

incompleta.

Dos figuras enormes ocuparon un mismo lugar, un mismo espacio en el tiempo. Dos figuras enormes colisionando en el páramo de los sueños... pero él no era ninguno de ellas.

La esencia caníbal se mordía su propia cola para alimentarse.

Eran dos y era uno.

Pero él no era ninguno de ellos.

La nada luchaba contra la nada para convertirse en algo. Se disputaban el derecho de existir y darse a la vida a sí mismos. Un calidoscopio roto por el cual mirar.

Pero se cancelaban la una a la otra.

Velika... escuchó que alguien gritaba.

Y el vacío tembló en un soplo de tiempo que no era tiempo, sino la conciencia del grito mismo.

Velika... escuchó por segunda vez.

Y se perdió en el concepto del mundo hasta notar que era él mismo quien gritaba.

La esencia infinita, que era dos y que era una, se plegó en si misma al escucharlo.

Los oídos de la nada se llenaron del nombre que su boca, que no era boca, clamaba.

Y el eco de la esencia sin rostro alimentó los pliegues de su propia voluntad.

Hasta ser el vacío.

Y ser la nada.

Para engullir la esencia caníbal que no son dos ni son ninguno.

Sino que son *ellos*.

La figura enorme de Sebastian se elevó por el aire en un salto furioso hacia el Señor de la Lluvia. Llevaba el cuerpo prácticamente destruido y *marcado* por las manchas negras que la lucha contra las sombras sin forma le había dejado. Su rostro ya no sonreía, sino que dibujaba una mueca que era imposible de descifrar en aquellas facciones marcadas por la ausencia del dolor. Pero era seguro que Sebastian ya no sonreía.

Puede que, al empezar aquel impulso que dibujaba en el aire un arco de invisible precisión hacia su enemigo, él no lo supiera. Tampoco a la mitad, y ni siquiera puede que lo imaginara hasta el momento final, en que terminó de caer. Puede que de veras no lo supiera. Pero Sebastian estaba muerto en el momento mismo en que decidió saltar hacia el Señor de la Lluvia.

Éste interceptó al vuelo. Y ni siquiera lo esquivó, sino que permitió que aquella elipsis de movimiento concluyera como había planeado terminar. Con un golpe que habría partido a la mitad a cualquiera que no hubiese sido el Señor de la Lluvia.

Luego le quebró el cuello, y arrojó su habitáculo, su cascarón, contra el suelo bruñido que bordeaba el promontorio.

De haberlo querido, podría haberlo destruido por completo. Pero no lo hizo.

Simplemente porque no lo quiso.

Con un pequeño gesto de su mano derecha, la pelea a su alrededor se detuvo.

Su ejército de sombras sin forma lo miró con recelo por un instante. Pero ante otro pequeño gesto de su mano, se inclinaron a sus pies, como un manto inacabable de negrura infinita que llegaba hasta donde sus ojos miraban.

Caminó hasta acercarse a la figura del demonio más cercano a él. Un *carroñero*. André.

Aquel estaba hecho con las partes del todo y de la nada; con lo muerto y lo vivo. Su cuerpo estaba aún más *marcado* que el de Sebastian. Las huestes sombrías se habían ensañado con él. La mitad de su rostro estaba paralizado en una mueca negra de carne muerta, y muchas de sus partes ya comenzaban a deformarse y trastocarse.

André se mantenía inmóvil ante él y esperaba su juicio, abriendo y cerrando la boca en una mímica inacabable.

El Señor de la Lluvia levantó su brazo izquierdo en un gesto hacia el demonio carroñero que quedó trunco a medio camino.

No tenía su mano izquierda. No recordaba haberla perdido.

No importaba.

El Señor de la Lluvia alzó su mano derecha sobre André, apoyándola en su calva. De inmediato las marcas negras que recorrían su rostro y su cuerpo pasaron de uno al otro.

André cerró su boca sin labios y se arrodilló junto a las sombras sin forma, apartándose del camino del Señor de la Lluvia.

Éste continuó avanzando.

Al pasar junto al lugar donde había arrojado a Sebastian, vio que éste se levantaba del suelo y también se arrodillaba a sus pies. Su cuello roto no soportaba del todo el peso de su cabeza, por lo que ésta caía enteramente hacía atrás y era imposible saber qué expresión marcaba su cara. Pero el Señor de la Lluvia intuía que estaba sonriendo.

Sus pasos lo llevaron ante aquel que llamaban Lenmar. El líder del cónclave.

—Yo no me arrodillaré —dijo con tono firme y calmo. Sus ojos se encendían con el vigor del fuego que arde en su máximo esplendor justo antes de apagarse.

Al escucharlo, el río de sombras a su alrededor se convulsionó. Deseaban engullirlo.

Pero el Señor de la Lluvia los calmó.

—Lo sé. Ya habrá tiempo para eso —contestó. Su voz se le antojó extraña al hablar, pero luego recordó que ya no era *él*, sino *ellos*.

Legión.

—¿Y *ella*? —preguntó Lenmar. Había comenzado a sacar sus anteojos de su camisa y ahora los estaba limpiando con las mangas.

—Está aquí —contestó el Señor de la Lluvia—. En un rincón. Donde sólo yo puedo amarla y alcanzarla... mi *lyubovnitsa*, mi *pozhirayushchiy*.

Esto último pareció de veras sorprender a Lenmar.

—¿Eres Yuri?

—Soy más que eso ahora. Soy la última expresión de su voluntad, soy el Señor de la Lluvia.

Un clamor de sombras sacudió el crómlech. Un grito de aclamación de los que ya no tienen garganta ni alma.

Luego, ante un movimiento leve de su cabeza, las sombras sin forma se dividieron en dos, creando un estrecho pasaje que llegaba hasta el final de la montaña.

—Si me dejas ir, volverás a enfrentarte a mí —le aseguró Lenmar.

—Lo sé, ¿pero que hay de divertido en un mundo completamente sometido?

Lenmar asintió, se puso sus anteojos, y junto al último perro que aún quedaba con vida, se alejó por el camino que las huestes del Señor de la Lluvia le abrían.

De salida, al pasar por el lugar en donde la pelea había comenzado, pisó el cráneo del

cuerpo de Boris, vacío y muerto; aplastándolo por completo y manchándose de sangre los zapatos.

Unas palabras de los autores

Esta novelette (que pretendía ser un cuento pero fue creciendo casi por su propia cuenta) nació como un ejercicio-desafío que propusimos en el taller *Los Clanes de la Luna Dickeana*, donde un grupo de amigos amantes de la Ciencia Ficción, la Fantasía y el Terror (escritores, dibujantes, músicos, investigadores) nos juntamos para "trabajar" pero más que nada para departir.

El desafío consistía en escribir un cuento a 6 manos... lo cual resultó en esta novelette (otros grupos trabajaron en sus propias obras).

El tercer integrante de nuestro equipo, Carlos Daniel Vazquez (AKA Axxonita: escritor, ilustrador y actual director de la prestigiosa publicación decana de las revistas electrónicas en castellano, AXXÓN) fue quien propuso la idea inicial: describir un párrafo fundacional en el que no jugara un rol preponderante el sentido de la vista, sino que sacara a relucir otras maneras de describir un sitio-acción.

A partir de aquí hubo un *feedback* constante entre nosotros dos (Facundo y Teresa).

Teresa trabajó más con ideas sueltas, espontáneas. Mientras que Facundo elaboró un trabajo de de orfebrería creativa, dándole sentido a esas ideas sueltas.

De a poco, al crecer la novelette, fuimos interpretando y reinterpretando las cosas que cada uno escribía, dándole más y más forma, hasta que surgió esta historia que nos entusiasma mucho.

Esperamos que a ustedes también les guste.

Facundo y Teresa.

Los autores

Facundo E. Córdoba (escritor, músico y compositor)

Nació en Buenos Aires en 1983. Es Profesor de Artes en Música, graduado de la EMPA y actualmente trabaja dando clases en nivel Primario e Inicial. Forma parte del taller literario "Los clanes de la luna Dickeana" y publicó cuentos en revista *PROXIMA*, *Axxón* y en la serie de antologías *Psychopomp* de la editorial Gutter Glitter; así como en la *Antología Steampunk. Relatos del retrofuturo*, de ediciones Ayarmanot.

Su blog: facundocordoba.wordpress.com

Teresa Pilar Mira de Echeverría (escritora y doctora en filosofía)

Nació en Pilar (provincia de Bs. As., Argentina), en 1971.

Doctora en Filosofía, trabaja como docente universitaria e investiga acerca de la relación entre ciencia ficción, filosofía y mitología.

Ha dictado conferencias sobre el tema de la relación entre la ciencia ficción y la filosofía en varias instituciones –UCA, UBA, Fundación María Zambrano, Fundación Vocación Humana, U. Kennedy, entre otras–, siendo entrevistada en diversos medios de Argentina, México y Uruguay.

Es una de los fundadores del taller literario “Los clanes de luna Dickeana”.

Sus cuentos han aparecido en las revistas *Próxima*, *Axxón*, *NM*, *Opera galáctica*, *Valinor*, *Revista Digital miNatura*, *Ficción Científica* y *Super Sonic* entre otras publicaciones.

También ha publicado artículos y ensayos en diversos medios especializados como *Signos Universitarios*, *El hilo de Ariadna*, *NM* y *Cuasar*.

Con “La trama del vacío” (aparecida en las revistas *NM* y *Cuasar*) obtuvo el 2do. accésit en la categoría Ensayo del III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas.

Su cuento “Memoria” (candidato al Premio Ignotus 2013), integra la celebrada antología internacional *Terra Nova* publicada en España y Argentina, tanto en la versión castellana, como en la inglesa.

El cuento “Dextrógiro” fue traducido al francés dentro del proyecto que integran traductores de diversas universidades francesas, encabezados por profesores de la universidad de Poitiers, Francia; y apareció en la antología: *Lectures d'Argentine –auteurs argentins du XXIe siècle–*.

Su cuento “La tenue lluvia sobre los arcos”, integra la antología erótica de fantasía y ciencia ficción *Psychopomp II: Bunny Love*.

El cuento “Vidrio líquido” forma parte de la antología *Tiempos Oscuros II –una visión del fantástico internacional–*, dedicada a escritores argentinos.

Su cuento “Purgatorio-42” aparece en la antología *Eridano, Suplemento Número 24 de Alfa Eridani*.

“Amor” es un cuento que integra el ebook recopilatorio *Ficción Científica: Relatos. Tres Años Caminando Juntos, 2015*.

Además, “N. Bs. As.”, escrito en colaboración con su esposo, el escritor Guillermo Echeverría, forma parte de la celebrada antología *Buenos Aires Próxima*.

El cuento “La Terpsícore” resultó ganador de la convocatoria *Alucinadas* (una antología de relatos de ciencia ficción en español escritos por mujeres) e integra dicha obra junto con otras prestigiosas escritoras y editoras.

Su cuento "Máquina de mi alma" integra la *Antología Steampunk. Relatos del retrofuturo*, donde participan los escritores del Taller "Los Clanes de la luna Dickeana".

Su novelette *Memory* (traducida al inglés por el escritor y traductor Lawrence Schimel) ha sido publicada en EEUU, tanto en formato electrónico como en papel, bajo el sello editorial Upper Rubber Boot Books.

Su primera antología de relatos de ciencia ficción: *Diez variaciones sobre el amor*, publicada por el sello Ayarmanot (al cuidado de Laura Ponce), Bs. As., reúne diez relatos con esa temática como eje, uno de los cuales fue co-escrito con su esposo el escritor Guillermo Echeverría. Además se halla ilustrada por grabados originales de la artista Inés Saubidet (tercer premio Museo Sívori, 2015) y cuenta con el prólogo de la escritora y editora española Cristina Jurado.

Su blog: teresamira.blogspot.com.ar